Mg Migraciones

Revista de la Campaña 2020 · 2021

Número 6 • Septiembre 2020

COMO JESUCRISTO, OBLIGADOS A HUIR

MIGRANTES CON DERECHOS
hospitalidad + dignidad

Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado

27 de septiembre de 2020

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

- Sobre el cartel
- Mensaje del papa Francisco
- Mensaje de los obispos
- Sobre el lema
- Frases del Mensaje
- Testimonios y experiencias
- Catequesis
- Vigilia de oración
- Recursos
- Galería fotográfica

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Sobre el cartel

Una mirada vale más que mil palabras

En la mirada sufriente y en el rostro cansado de esa mujer que aparece en primer plano está condensado el drama de los millones de personas que se ven obligadas a huir, como Jesucristo y sus padres, soñando un futuro mejor. Y «estamos llamados a reconocer en sus rostros el rostro de Cristo, hambriento, sediento, desnudo, enfermo, forastero y encarcelado que nos interpela» (*Mensaje* del papa con motivo de la Jornada).

Un rostro y una mirada que nos dicen muchas cosas si no miramos para otro lado y nos dejamos interpelar. Un rostro y una mirada que nos hablan de sufrimiento, ciertamente, pero también de coraje, de fuerza y de dignidad. La misma fuerza con la que esa mujer (¿podría ser María?) sujeta en uno de sus brazos a su bebé (¿podría ser Jesús?), agarra la maleta como un preciado tesoro con el otro y camina hacia adelante con determinación.

¿Y dónde está José en esta imagen, podríamos preguntarnos? José no está ausente, nunca lo estuvo. José puede ser ese joven que mira hacia algún lugar en un aparente segundo plano y en todas esas personas que sufren, esperan, confían y sueñan.

¿Y dónde estoy yo?¿Dónde estamos quienes observamos esos rostros y esas miradas? Podemos estar fuera si miramos para otro lado y somos espectadores pasivos o podemos estar dentro si acogemos, protegemos, promovemos e integramos. En nuestra mirada, en nuestros brazos y en nuestro corazón está la decisión.

Rufino García Antón
Delegado de Pastoral de la movilidad Humana
de la Diócesis de Madrid

Edita: Comisión Episcopal de Migraciones
Imprime: Comeco Gráfico
Depósito legal: M-33136-2017

Mensaje del santo padre Francisco para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 2020

Como Jesucristo, obligados a huir. Acoger, proteger, promover e integrar a los desplazados internos

A principios de año, en mi discurso a los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, señalé entre los retos del mundo contemporáneo el drama de los desplazados internos: «Las fricciones y las emergencias humanitarias, agravadas por las perturbaciones del clima, aumentan el número de desplazados y repercuten sobre personas que ya viven en un estado de pobreza extrema. Muchos países golpeados por estas situaciones carecen de estructuras adecuadas que permitan hacer frente a las necesidades de los desplazados» (9 de enero de 2020).

La Sección Migrantes y Refugiados del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral ha publicado las *Orientaciones Pastorales sobre Desplazados Internos* (Ciudad del Vaticano, 5 de mayo de 2020), un documento que desea inspirar y animar las acciones pastorales de la Iglesia en este ámbito concreto.

Por ello, decidí dedicar este *Mensaje* al drama de los desplazados internos, un drama a menudo invisible, que la crisis mundial causada por la pandemia de la COVID-19 ha agravado. De hecho, esta crisis, debido a su intensidad, gravedad y extensión geográfica, ha empañado muchas otras emergencias humanitarias que afligen a millones de personas, relegando iniciativas y ayudas internacionales, esenciales y urgentes para salvar vidas, a un segundo plano en las agendas políticas nacionales. Pero «este no es tiempo del olvido. Que la crisis que estamos afrontando no nos haga dejar de lado a tantas otras situaciones

de emergencia que llevan consigo el sufrimiento de muchas personas» (*Mensaje Urbi et Orbi*, 12 de abril de 2020).

A la luz de los trágicos acontecimientos que han caracterizado el año 2020, extiendo este *Mensaje*, dedicado a los desplazados internos, a todos los que han experimentado y siguen aún hoy viviendo situaciones de precariedad, de abandono, de marginación y de rechazo a causa de la COVID-19.

Quisiera comenzar refiriéndome a la escena que inspiró al papa Pío XII en la redacción de la constitución apostólica *Exsul familia* (1 de agosto de 1952). En la huida a Egipto, el niño Jesús experimentó, junto con sus padres, la trágica condición de desplazado y refugiado, «marcada por el miedo, la incertidumbre, las incomodidades (cf. *Mt* 2, 13-15.19-23). Lamentablemente, en nuestros días, millones de familias pueden reconocerse en esta triste realidad. Casi cada día la televisión y los periódicos dan noticias de refugiados que huyen del hambre, de la guerra, de otros peligros graves, en busca de seguridad y de una vida digna para sí mismos y para sus familias» (*Ángelus*, 29 de diciembre de 2013). Jesús está presente en cada uno de ellos, obligado -como en tiempos de Herodes- a huir para salvarse. Estamos llamados a reconocer en sus rostros el rostro de Cristo, hambriento, sediento, desnudo, enfermo, forastero y encarcelado, que nos interpela (cf. *Mt* 25, 31-46). Si lo reconocemos, seremos nosotros quienes le agradeceremos el haberlo conocido, amado y servido.

Los desplazados internos nos ofrecen esta oportunidad de encuentro con el Señor, «incluso si a nuestros ojos les cuesta trabajo reconocerlo: con la ropa rota, con los pies sucios, con el rostro deformado, con el cuerpo llagado, incapaz de hablar nuestra lengua» (*Homilía*, 15 de febrero de 2019). Se trata de un reto pastoral al que estamos llamados a responder con los cuatro verbos que señalé en el *Mensaje* para esta misma Jornada en 2018: acoger, proteger, promover e integrar. A estos cuatro, quisiera añadir ahora otras seis parejas de verbos, que se corresponden a acciones muy concretas, vinculadas entre sí en una relación de causa-efecto.

Es necesario *conocer* para *comprender*. El conocimiento es un paso necesario hacia la comprensión del otro. Lo enseña Jesús mismo en el episodio de los discípulos de Emaús: «Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acerco y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo» (*Lc* 24, 15-16). Cuando hablamos de migrantes y desplazados, nos limitamos con demasiada frecuencia a números. ¡Pero no son números, sino personas! Si las encontramos, podremos conocerlas. Y si conocemos sus historias, lograremos comprender. Podremos comprender, por ejemplo, que la precariedad que hemos experimentado con sufrimiento, a causa de la pandemia, es un elemento constante en la vida de los desplazados.

Hay que *hacerse prójimo* para *servir*. Parece algo obvio, pero a menudo no lo es. «Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó» (*Lc* 10, 33-34). Los miedos y los prejuicios -tantos prejuicios-, nos hacen mantener las distancias con otras personas y a menudo nos impiden «acercarnos como prójimos» y servirles con amor. Acercarse al prójimo significa, a menudo, estar dispuestos a correr riesgos, como nos han enseñado tantos médicos y personal sanitario en los últimos meses. Este estar cerca para servir va más allá del estricto sentido del deber. El ejemplo más grande nos lo dejó Jesús cuando lavó los pies de sus discípulos: se quitó el manto, se arrodilló y se ensució las manos (cf. *Jn* 13, 1-15).

Para *reconciliarse* se requiere *escuchar*. Nos lo enseña Dios mismo, que quiso escuchar el gemido de la humanidad con oídos humanos, enviando a su Hijo al mundo: «Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él (…) tenga vida eterna» (*Jn* 3, 16-17). El amor, el que reconcilia y salva, empieza por una escucha activa. En el mundo de hoy se multiplican los mensajes, pero se está perdiendo la capacidad de escuchar. Solo a través de una escucha humilde y atenta podremos llegar a reconciliarnos de verdad. Durante el 2020, el silencio se apoderó por semanas enteras de nuestras calles. Un silencio dramático e inquietante, que, sin embargo, nos dio la oportunidad de escuchar el grito de los más vulnerables, de los desplazados y de nuestro planeta gravemente enfermo. Y, gracias a esta escucha, tenemos la oportunidad de reconciliarnos con el prójimo, con tantos descartados, con nosotros mismos y con Dios, que nunca se cansa de ofrecernos su misericordia.

Para *crecer* hay que *compartir*. Para la primera comunidad cristiana, la acción de compartir era uno de sus pilares fundamentales: «El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común» (*Hch* 4, 32). Dios no quiso que los recursos de nuestro planeta beneficiaran únicamente a unos pocos. ¡No, el Señor no quiso esto! Tenemos que aprender a compartir para crecer juntos, sin dejar fuera a nadie. La pandemia nos ha recordado que todos estamos en el mismo barco. Darnos cuenta que tenemos las mismas preocupaciones y temores comunes nos ha demostrado, una vez más, que nadie se salva solo. Para crecer realmente, debemos crecer juntos, compartiendo lo que tenemos, como ese muchacho que le ofreció a Jesús cinco panes de cebada y dos peces… ¡Y fueron suficientes para cinco mil personas! (cf. *Jn* 6, 1-15).

Se necesita *involucrar* para *promover*. Así hizo Jesús con la mujer samaritana (cf. *Jn* 4, 1-30). El Señor se acercó, la escuchó, habló a su corazón, para después guiarla hacia la verdad y transformarla

en anunciadora de la buena nueva: «Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será este el Mesías?» (v. 29). A veces, el impulso de servir a los demás nos impide ver sus riquezas. Si queremos realmente promover a las personas a quienes ofrecemos asistencia, tenemos que involucrarlas y hacerlas protagonistas de su propio rescate. La pandemia nos ha recordado cuán esencial es la corresponsabilidad y que solo con la colaboración de todos -incluso de las categorías a menudo subestimadas- es posible encarar la crisis. Debemos «motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad» (*Meditación* en la plaza de San Pedro, 27 de marzo de 2020).

Es indispensable *colaborar* para *construir*. Esto es lo que el apóstol san Pablo recomienda a la comunidad de Corinto: «Os ruego, hermanos, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que digáis todos lo mismo y que no haya divisiones entre vosotros. Estad bien unidos con un mismo pensar y un mismo sentir» (1 *Cor* 1, 10). La construcción del reino de Dios es un compromiso común de todos los cristianos y por eso se requiere que aprendamos a colaborar, sin dejarnos tentar por los celos, las discordias y las divisiones. Y en el actual contexto, es necesario reiterar que: «Este no es el tiempo del egoísmo, porque el desafío que enfrentamos nos une a todos y no hace acepción de personas» (*Mensaje Urbi et Orbi,* 12 de abril de 2020). Para preservar la casa común y hacer todo lo posible para que se parezca, cada vez más, al plan original de Dios, debemos comprometernos a garantizar la cooperación internacional, la solidaridad global y el compromiso local, sin dejar fuera a nadie.

Quisiera concluir con una oración sugerida por el ejemplo de san José, de manera especial cuando se vio obligado a huir a Egipto para salvar al Niño.

Padre, Tú encomendaste a san José lo más valioso que tenías: el Niño Jesús y su madre, para protegerlos de los peligros y de las amenazas de los malvados.

Concédenos, también a nosotros, experimentar su protección y su ayuda. Él, que padeció el sufrimiento de quien huye a causa del odio de los poderosos, haz que pueda consolar y proteger a todos los hermanos y hermanas que, empujados por las guerras, la pobreza y las necesidades, abandonan su hogar y su tierra, para ponerse en camino, como refugiados, hacia lugares más seguros.

Ayúdalos, por su intercesión, a tener la fuerza para seguir adelante, el consuelo en la tristeza, el valor en la prueba.

Da a quienes los acogen un poco de la ternura de este padre justo y sabio, que amó a Jesús como un verdadero hijo y sostuvo a María a lo largo del camino.

Él, que se ganaba el pan con el trabajo de sus manos, pueda proveer de lo necesario a quienes la vida les ha quitado todo, y darles la dignidad de un trabajo y la serenidad de un hogar.

Te lo pedimos por Jesucristo, tu Hijo, que san José salvó al huir a Egipto, y por intercesión de la Virgen María, a quien amó como esposo fiel según tu voluntad. Amén.

Roma, San Juan de Letrán, 13 de mayo de 2020,
Memoria de la Bienaventurada Virgen María de Fátima.

Como Jesucristo, obligados a huir

Queridos amigos:

De entrada, algunas precisiones que nos pueden ayudar. Aunque normalmente se hable de personas refugiadas y migrantes indistintamente, no todas las personas que migran son refugiadas. Un migrante es una persona que abandona su país para ir a otro. Puede ser de forma voluntaria o se puede ver forzado a ello por una situación de violencia. Un refugiado es una persona que abandona su país porque quedarse supone un peligro para su vida.

No todas las personas que corren peligro en sus casas abandonan su país. La gran mayoría opta por trasladarse a otra región más segura, ya sea porque la violencia no se ha extendido hacia esa parte, porque no tienen recursos o porque no se les permite cruzar las fronteras. Esas personas se conocen como desplazados internos.

El papa Francisco ha decidido dedicar esta Jornada y este año al drama de los desplazados internos, un drama a menudo invisible, que la crisis mundial causada por la pandemia de la COVID-19 ha agravado. La Iglesia española quiere secundar las directrices del pontífice como directrices generales, porque en nuestro país no existen propiamente desplazados internos. ¿Pero no son desplazados internos las víctimas de trata que en nuestro país se desplazan huyendo de las mafias? ¿No son desplazados internos quien por las consecuencias económicas de la pandemia han tenido que cambiar de provincia, ciudad, barrio o casa? Y quienes han quedado al margen del sistema, engrosando el colectivo de pobreza severa ¿no son desplazados internos?

¿Cómo llamamos a los que han seguido llegando a nuestra patria en estos días terribles de la crisis sanitaria y deambulan de lugar en lugar?

¿No es deber nuestro darles visibilidad?

La Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado trata de poner rostro a estas personas vulnerables rescatándoles de las listas anónimas de cifras. Se trata de sensibilizar a la comunidad cristiana que reconoce a Jesús en cada persona obligada a huir. Se trata de sensibilizar a la sociedad española para que asegure los derechos de la dignidad humana a toda persona obligada a desplazarse. Todo lo que trabajemos por ellos y con ellos será poco.

Los obispos de la Subcomisión de Migraciones y movilidad humana acompañamos a todos nuestros desplazados internos: migrantes, refugiados, víctimas de trata, menores en riesgo, feriantes, gentes del mar, gitanos y trabajadores del turismo y de la carretera.

La situación en Europa y en España es muy preocupante, dado que las previsiones para el tratamiento del fenómeno migratorio van a afectar muy dolorosamente a las personas en movilidad humana, ya sea por la enfermedad y sus secuelas, y por la previsible crisis social, económica, etc. que se avecina. Ya está afectándoles ahora mismo, en unos momentos en que las personas migrantes de todos los colectivos de la movilidad humana han soportado con ejemplar entereza los efectos de la pandemia y han respondido a ella con ejemplar dedicación y generosidad.

El futuro va a suponer una dificultad mayor, entre otras causas por los nuevos problemas en las fronteras y por el riesgo de que se produzcan situaciones de expulsiones de migrantes u otras medidas que puedan afectarles en su situación de migrantes forzosos. Confiamos, como hemos repetido en otras ocasiones, que todas las medidas que se adopten respeten la sagrada dignidad de las personas migrantes. Para ello, apoyándonos en los claros principios de la Doctrina Social de la Iglesia, creemos que es imprescindible el trabajo en red entre todas las instituciones de Iglesia, uniéndonos al esfuerzo de las otras instituciones de la sociedad civil.

Queremos conjugar, para los colectivos a los que acompañamos, en estas circunstancias de emergencia por la COVID-19, los nuevos verbos propuestos por el papa.

«Acercarnos como prójimos». «Los miedos y los prejuicios -tantos prejuicios-, nos hacen mantener las distancias con otras personas y a menudo nos impiden "acercarnos como prójimos" y servirles con amor. Acercarse al prójimo significa, a menudo, estar dispuestos a correr riesgos, como nos han enseñado tantos médicos y personal sanitario en los últimos meses».

"Escuchar". Hoy el mundo de hoy se multiplican los mensajes, pero se está perdiendo la capacidad de escuchar. «Durante el 2020, el silencio se apoderó por semanas enteras de nuestras calles. Un silencio dramático e inquietante, que, sin embargo, nos dio la oportunidad de escuchar el grito de los más vulnerables, de los desplazados y de nuestro planeta gravemente enfermo. Y, gracias a esta escucha, tenemos la oportunidad de reconciliarnos con el prójimo, con tantos descartados, con nosotros mismos y con Dios, que nunca se cansa de ofrecernos su misericordia».

"Compartir". Hay que aprender a compartir para crecer juntos, sin dejar fuera a nadie. La pandemia nos ha recordado que todos estamos en el mismo barco. Darnos cuenta de que tenemos las mismas preocupaciones y temores comunes nos ha demostrado, una vez más, que nadie se salva solo.

"Involucrar". La pandemia nos ha recordado cuán esencial es la corresponsabilidad y que solo con la colaboración de todos -incluso de las categorías a menudo subestimadas- es posible encarar la crisis. Debemos «motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad» (Meditación en la plaza de San Pedro, 27 de marzo de 2020).

"Colaborar". «Este no es el tiempo del egoísmo, porque el desafío que afrontamos nos une a todos y no hace acepción de personas» (Mensaje Urbi et Orbi, 12 de abril de 2020). Para preservar la casa común y hacer todo lo posible para que se parezca, cada vez más, al plan original de Dios, debemos comprometernos a garantizar la cooperación internacional, la solidaridad global y el compromiso local, sin dejar fuera a nadie.

Todos nos necesitamos para seguir conjugando estos verbos tan comprometidos. La experiencia de Jesús, obligado a huir, es fundante. Sabemos que él entiende, acompaña y fortalece a cada persona obligada a desplazarse. Es una suerte poder colaborar con él como pobres mediaciones. Estamos a vuestra disposición.

Agradecemos a las Delegaciones de Migraciones , a Cáritas , a los religiosos y religiosas y todas las personas e instituciones, tanto civiles como religiosas, su trabajo y ejemplar dedicación en la atención a estas personas, que deseamos, con la ayuda del Señor, que siga manteniéndose y creciendo.

E imploramos, con la nueva invocación de la letanía, «María, Consuelo de los migrantes, ruega por nosotros», hoy especialmente, por las personas desplazadas internamente.

Los obispos de la Subcomisión de Migraciones y movilidad humana
de la Conferencia Episcopal Española

«Como Jesucristo, obligados a huir»

«A la luz de los trágicos acontecimientos que han caracyerizado el año 2020, extiendo este Mensaje, dedicado a los desplazados internos, atodos los que han experimentado y siguen hoy viviendo situaciones de precariedad, de abandono, de marginación y de rechazo a causa del COVID-19». Papa Francisco

Cuando me pidieron que escribiera desde una mirada evangélica, de fe, sobre la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, teniendo presente el *Mensaje* del papa, tengo que decir que sentí miedo, porque era como acercarme a *tierra sagrada*, adentrarme en la fragilidad y la vulnerabilidad de tantas personas, invisibles para muchos, que se ven obligadas a salir de su tierra, a dejarlo todo en busca de paz, libertad, de una vida mejor, porque lo que dejan no es vida. Pero se agolpaban en mi mente cantidad de situaciones dolorosas, de personas, muchos de ellos muy jóvenes, que durante el confinamiento su lugar ha sido la calle. Y aquí la frase de Vicente de Paúl, en el siglo XVII: «Los pobres, que se multiplican todos los días, que deambulan por las calles, que no saben adónde ir, ni qué hacer. Ellos constituyen *mi peso y mi dolor*». Esto mismo se hace realidad en el siglo XXI. Los migrantes, desplazados, refugiados, deben ser para cada uno de los que nos llamamos cristianos sacramento de Cristo.

También quiero decir que al ponerme delante del ordenador para reflexionar sobre migrantes y desplazados una sensación agridulce se apoderó de mí. Y esto porque me venían al pensamiento, al recuerdo, nombres y rostros bien conocidos, historias de viajes duros, de encuentros, de conversaciones, acompañamientos, principalmente de menores rotos, desorientados, pero con sueños y ganas de superación, esperando que alguien les dijera: «tú puedes». Fue agridulce porque son muchas las personas que salen, se integran, pero también recuerdas a otras y te preguntas: ¿qué hicimos mal?.

Al leer el *Mensaje* del papa, no podía seguir sin decir que el fin de la Compañía de las Hijas de la Caridad es *el servicio de Cristo en los pobres*. «En una mirada de fe ven a Cristo en los pobres y a los pobres en Cristo» (C.3b). Vicente de Paúl afirma en un momento de su vida: «Cada quejido de los pobres, llena de confusión el corazón de Dios». Hoy llena de confusión nuestro corazón tantas personas sin papeles, jóvenes en la calle, familias sin un techo. Porque no se ha resuelto su situación, son *sin papeles*, sin derechos y, por tanto, sin dignidad.

En un párrafo del *Mensaje* del papa, habla de este encuentro de Cristo en los desplazados, dice que a veces cuesta reconocer por su aspecto. Pues bien, aquí también tengo que recordar a san Vicente. «No hemos de considerar a los pobres por su aspecto exterior, ni por su expresión, pues con frecuencia no tienen el aspecto agradable, ni son educados. Pero dadle la vuelta a la medalla y veréis con los ojos de la fe que son ellos los que nos representan al Hijo de Dios, que quiso ser pobre y en su pasión no tenía aspecto humano» (V.P. 1659). Una vez más nos recuerda que todo ser humano tiene la misma dignidad, más allá de aspecto, lengua o religión y en ellos descubrimos a Cristo.

El papa Francisco nos llama a la acogida y acercamiento con el que sufre, con el que es diferente: salgamos, pongámonos en situación de salida, para que entre lo diverso, la novedad, y así poder conocer. Es en ese encuentro donde las situaciones de sufrimiento nos interpelan y es que, o pasas de largo o te dejas afectar. En ese dejarte afectar te encuentras con realidades innombrables, con realidades que se esconden detrás de las sombras. En nuestras fronteras, cuando muchos subsaharianos llegan, pierden su identidad. Un muchacho desde la valla de Melilla gritaba: «Hasta que no abrazas a otro, nunca lo habrás entendido». La mayoría de las veces los nombramos por el colectivo al que pertenecen: extranjeros, refugiados… Y aquí es donde pierden la dignidad de persona.

Con frecuencia nos olvidamos que los pueblos nacen de procesos migratorios, no existe una sociedad homogénea, y estamos llamados a la *aceptación y al respeto*.

La importancia de la cercanía, del contacto con ellos

En el contacto con las personas vulnerables, en la cercanía, nos jugamos mucho, y solo desde esa cercanía podemos conjugar el anuncio y la denuncia. Denuncia de las estructuras injustas, que impiden una vida digna. En esta línea es necesario que los cristianos alimentemos la utopía, fomentemos la espiritualidad de la justicia, sin perder de vista la complejidad. A veces hay que soportar la duda sin rompernos, *pero manteniendo nuestras convicciones y la opción por los pobres y su dignidad.*

Luchar por la justicia consiste en desactivar la sociedad de la indiferencia. Ante la indiferencia como ceguera individual y colectiva debemos posicionarnos, hay que decir ¡basta! Es necesario la virtud de la presencia, *simplemente estar*. Si no estamos, si no nos paramos, no podemos comprender, porque no vemos la expresión de sus miradas, el dolor de sus rostros, la manera simple de estar juntos, de sentir, a veces de llorar juntos y sonreír. Compartir su dolor, también sus sueños, y así poder comprender su realidad, el silencio de quienes reivindican respeto y justicia, y también la rabia de quienes ya han dejado de esperar. *Cuando simplemente estamos, sentimos que no hacemos nada, pero, al estar, comprendes, y al comprender puedes transformar.* Tenemos que tener la certeza de que ningún discurso puede sustituir el valor de la cercanía.

El acompañamiento

El acompañamiento como herramienta de nuestro *estar al lado* de abre al conocimiento, a la empatía de un sufrimiento compartido. Ver al ser humano individualizado, verlo más allá de su apariencia, verlo desde su sufrimiento; y acoger, acompañar. Desde aquí podemos ayudar a que la persona pueda recuperar su dignidad y, por tanto, su destino. *Se trata de que la persona encuentre ese punto de apoyo para poder seguir, porque el ser humano nunca pierde la esperanza.*

En el acompañamiento a una persona, el otro encuentra una fuerza para seguir, porque todos necesitamos de alguien que crea en nosotros, y las personas que han dejado sus países son lo que buscan, ser personas, descubrir y ver que existen para alguien, porque la sociedad los hace invisibles. Esto como un deber de justicia.

Promover la justicia es dar identidad, hacer que alguien se sienta persona, que recobre su dignidad, porque los migrantes no son un grupo social, una raza… Son personas con biografía personal. Es por eso que nuestra presencia les debe ayudar a romper su anonimato y a que puedan recuperar su nombre, su historia e identidad.

A nosotros nos toca situarnos desde la fe que mira y ve al otro de forma diferente

Mirar y ver al otro desde la cultura de la sensibilidad, no desde la indiferencia. También debemos dejarnos mirar por ellos.

Tomar partido por ellos y defender su dignidad en todos los foros sociales; esa es hoy la misión de los que nos llamamos cristianos. Y para esto es necesario un cambio de mirada, poniendo a la persona en el centro, más allá de su situación o

aspecto. Es importante la escucha, la paciencia, el ver qué les pasa, no quedarnos con sus conductas, que en muchas ocasiones no son las adecuadas para nosotros. No debemos olvidar que su forma de relacionarse es fruto de su historia, no saben hacerlo de otra manera. Y si no lo trascendemos, si no nos paramos e intentamos entenderlos, nos irritamos y los vemos como el resto de la sociedad los ve. En la sociedad en la que nos movemos hay parados, migrantes, excluidos, pero no tienen nombre; *son excluidos, parados, refugiados*: existen porque se les nombra.

Nos movemos en un mundo globalizado, donde el extranjero es parte de nuestra economía, pero *el inmigrante es una amenaza*, y no son un peligro, están en peligro. A veces en el trabajo con migrantes se hacen guías de recursos, planos, pero se debilita la sensibilidad, el sentir con las entrañas. Desde mis años de experiencia con esta realidad tengo que decir que nuestra pastoral es de acompañamiento. Esa presencia cercana y amistosa debe ser nuestra manera de reflejar que seguimos a Cristo y lo descubrimos en los que más lo necesitan, los que han dejado sus países y viven en la más absoluta soledad.

No olvidemos que la sociedad actual, por mucho que diga lo contrario, nos invita a pasar al otro lado, pero desde la fe debemos tener presente y traer esto a nuestro recuerdo: ¿quién se acercaba a Jesús? Quienes lo tocaban eran los excluidos, los impuros de su tiempo, y no solo lo contagiaban, sino que socialmente era mal visto.

De aquí que la cercanía con ellos, el estar con ellos, es el grado máximo de solidaridad para que puedan rehacer su identidad personal y las relaciones sociales de los que están deseosos del contacto humano; esto vivifica y les da valor.

Pero no podemos olvidar, no podemos callar, el encubrimiento de estas situaciones por parte de la sociedad, de los poderes públicos. Por eso sea cual sea nuestro servicio, la opción por ellos es una realidad, de aquí que nuestro compromiso con ellos es ser detectores de la mentira y promotores de verdad. *Nadie como los que nos movemos desde la fe estamos tan preparados para juntar la verdad y la justicia.*

> Parece maravilloso: Cristo ha venido para todos los hombres de todos los tiempos. Pero le pareció que la mejor manera de estar presente en todas partes consistía en elegir un pequeño rincón del mundo, una determinada cultura, un determinado idioma. Es una gran lección para todos nosotros… No hemos sido creados para vivir en el vacío, ¡de ninguna manera! Hemos sido creados para encarnarnos en algún rincón del mundo, allí donde la vida nos ha puesto o donde nos ha llevado la voluntad de Dios (Hélder Câmara)[1].

Quien come en la mesa de Dios puede comer en cualquier mesa; a quien es aceptado como comensal por Dios, nadie le puede negar su *"comensalidad"*. Con la mesa compartida se simboliza el horizonte de la transformación, acogerlos, sentarse con ellos, es una manera de incluir, frente a la exclusión. El Dios cristiano es el de la mesa compartida; en la mesa es donde Jesús otorgó dignidad personal a las mayorías populares de su tiempo. La mesa tenía capacidad de devolver dignidad personal a los marginados de la historia. La Buena Noticia, que introduce el cristianismo en la historia, es el poder sentarse a una única mesa los paganos, esclavos, mujeres, los despreciados de Israel y los marginados del Imperio.

Por algo decía el mártir Rutillo Grande: «Cristo quiso significar el reino en una cena: una mesa compartida en la hermandad, en la que todos tengan su puesto y su lugar. Cada uno con su taburete y que para todos llegue la mesa, el mantel y el con qué».

No se lucha por la justicia en mesas separadas, se trata de garantizar el acceso a la mesa compartida de los derechos fundamentales de todos los que están privados de ellos.

> Hoy como ayer, los pobres, los refugiados y desplazados, siguen siendo para la mayoría de la sociedad, ignorados sospechosos e incluso peligrosos, no rentables económicamente, socialmente rechazados y políticamente utilizados, pero para las Hijas de la Caridad son personas con rostro, con nombres y sobre todo con dignidad, quienes nos representan a Cristo, por tanto nuestros amos y maestros a los que debemos servir con dulzura, respeto y devoción[2].

Y, ya para terminar, quiero decir que este documento tiene rostro: es el rostro de todas las personas con las que he compartido y comparto mí día a día, que para mí, como Hijas de la Caridad, son sacramento de Cristo.

Francisca García Torrijos
Hijas de la Caridad

[1] Cf. Eliseo Pérez Álvarez, *Introducción a la última cena y el Banquete de la Creación,* Abingdon Press, Nashville 1985, p. 15.

[2] Cf. José María Ibáñez Burgos, *La fe verificada en el amor*, Ediciones Paulinas, Madrid 1993.

Comprender el hecho migratorio en tiempos complejos

Nos enfrentamos a una de las situaciones más complejas de la historia, como resultado de la pandemia de la COVID-19. Los números aumentan cada día en casi todos los rincones del mundo. Se han reportado casi 10.000.000 de casos y más 500.000 muertes. Los países más afectados, tanto en número de casos como en muertes, son Estados Unidos, Brasil, Rusia, India, el Reino Unido, Italia, Francia, España y México.

La tendencia generalizada ha sido la de cerrar fronteras, imponiendo un bloqueo a todos sus residentes. Las consecuencias sanitarias y económicas han sido dramáticas en algunas regiones del continente, afectando especialmente a las personas más vulnerables, incluidos los migrantes, los refugiados y los desplazados por la fuerza.

¿Cuál es la situación que viven las personas migrantes, refugiadas y desplazadas? #Yomequedoencasa

#Yomequedoencasa es uno de los hashtags más utilizados hoy en día en las redes sociales y en las directivas de salud y administración pública. La tragedia es que hay muchas personas vulnerables, incluyendo muchos migrantes y refugiados, que no tienen un hogar en el que aislarse. Otras personas viven en casa, pero no pueden llamarlo hogar. Hogares desfavorecidos donde familias enteras, o verdaderos extraños, viven juntos en 20 metros cuadrados.

Campos de refugiados

Las imágenes de Grecia y diversos rincones del mundo dejan clara la incompatibilidad de los campos de refugiados para albergar de forma segura a quienes han huido del hambre o la violencia en sus países de origen. Los campos abarrotados, sin condiciones sanitarias para la cuarentena y el aislamiento, pueden generar situaciones dramáticas.

Aislamiento

Algunos migrantes viven en sus hogares en estos días, sin redes de apoyo con las que comunicarse o sentirse acompañados. El drama es aún mayor para las personas que no dominan el idioma y tienen serias dificultades incluso para conocer las reglas de sanidad y confinamiento. Muchos de

ellos tienen miedo de salir de sus casas, incluso para buscar atención médica o comprar alimentos porque piensan que la policía les pedirá sus documentos y se meterán en problemas.

Centros de detención

Hay diferentes tipos de centros de detención en todo el mundo. Por ejemplo, en el caso de España, no hay posibilidad de ejecutar expulsiones debido al cierre de las fronteras exteriores de más de 120 países. Las condiciones de hacinamiento en las que viven pueden poner y ponen en peligro a las personas. Una gran lucha que se vive en medio mundo es la búsqueda de alternativas a la detención para este tipo de situaciones que representan infracciones administrativas, pero no penales, como para producir este tipo de detenciones.

Prejuicios y xenofobia

Las sociedades buscan chivos expiatorios cuando se enfrentan a una crisis. La pandemia mundial que estamos experimentando no es ajena a esa tendencia. De hecho, hay voces que dicen que los migrantes son los que propagan la enfermedad. En algunos casos, los chivos expiatorios cambian de bando y ya no hablamos solo de los migrantes que saltan la valla, sino también de los inmigrantes chinos, o en España los habitantes de Madrid, los que propagan la enfermedad.

Trabajadores esenciales

Muchas personas migrantes, en particular las mujeres, trabajan como cuidadoras de niños y ancianos. Como trabajadoras esenciales para la sociedad, a muchas no se les permite aislarse en sus hogares y deben, en cambio, seguir trabajando con gran riesgo para ellas mismas y sus familias. Lamentablemente, esta valiosa contribución a la sociedad a menudo no se reconoce. Muchas personas que trabajan en este sector no tienen las condiciones de trabajo necesarias para vivir con dignidad.

Atrapados en la frontera

Con el cierre de las fronteras en todo el mundo, las familias se encuentran divididas y atrapadas en lugares de tránsito sin medios de supervivencia, a veces sin conocimiento del idioma o la legislación local. El bloqueo en los aeropuertos de todo el mundo, la imposibilidad de acceder a la información básica, el desbordamiento de los consulados y embajadas, son elementos que representan una fuerte amenaza para ciertos grupos que han quedado aislados por el cierre de las fronteras.

Deportaciones y retornos

Son muchos los gobiernos que no han frenado las deportaciones, facilitando la transmisión del virus, en algunos casos sin respetar el debido marco de derecho internacional y, en otros, enmascarando o aprovechando las medidas en el marco de la crisis para violentar los derechos de migrantes forzados. Se han vivido grandes dramas en países como la India, con el verdadero éxito de las personas que han perdido sus empleos y sus hogar, regresando a sus estados de origen.

Repercusiones económicas de la COVID-19

Hay muchos migrantes con trabajos precarios, que se han visto afectados por despidos e incluso trabajadores autónomos que ven su futuro profesional en peligro. El bloqueo económico causado por el coronavirus afecta con mayor dureza a las personas más vulnerables, las que se encuentran en los estratos más bajos de nuestro mercado laboral.

¿Cómo podemos cuidar de las personas más vulnerables?

Dada la situación actual, sería necesario aplicar pronto varias medidas.

1. Evacuar los campamentos de refugiados y centros de detención superpoblados y proporcionar alojamiento seguro a los migrantes.
2. Poner fin a las deportaciones de migrantes, debido a las deficiencias de los sistemas de salud de muchos países.
3. Promover el acceso a la atención médica de las personas sin hogar, los migrantes y los refugiados en tránsito, especialmente para los grupos más vulnerables.
4. Prestar apoyo humanitario y financiero en solidaridad con los países y zonas más afectadas por la atención humanitaria de los refugiados.
5. Apoyar el derecho de asilo, especialmente en esta época de crisis.
6. Proporcionar recursos de emergencia seguros a las personas sin hogar o que viven en situaciones de hacinamiento y que no pueden cumplir con las medidas de prevención y aislamiento.
7. Ofrecer información en varios idiomas sobre la situación actual, así como sobre las medidas sanitarias.
8. Implementar redes de acogida y acompañamiento, especialmente para las personas solas, enfermas o atrapadas por el cierre de fronteras. La Iglesia y distintos estratos de la sociedad civil, han previsto esta necesidad, estableciendo diversas redes desde el principio de la crisis.
9. Sensibilizar sobre la realidad de las personas migrantes. Muchos migrantes están cuidando a nuestros ancianos, el grupo más afectado por la pandemia. Gran parte de nuestro mercado laboral y de nuestras redes de atención son apoyadas por la comunidad inmigrante. En estos tiempos tan complejos, estos elementos clave deberían aparecer con frecuencia en los titulares de nuestros periódicos.
10. Luchar contra los bulos y las tendencias populistas que asocian la migración con la difusión de la COVID-19, estigmatizando a los migrantes, refugiados y desplazados.

¿Qué medidas hay que adoptar en la "nueva normalidad"?

1. Promover una política de regularización sensata que ayude a la integración y la salvaguarda de los derechos humanos, así como a la construcción de un "tejido social". La emergencia sanitaria mundial también ha puesto de manifiesto la gran vulnerabilidad de los derechos que estas situaciones provocan, dada la pérdida de empleo y de protección social.
2. Fomentar la cooperación internacional para reducir al mínimo las causas de la migración. Es necesario que los países de origen minimicen los factores estructurales que obligan a las personas a abandonar el país.
3. Reforzar la integración y la convivencia social en nuestras sociedades plurales y multiculturales. La hospitalidad y la integración son elementos clave para asegurar que nuestras sociedades diversas construyan un futuro y una ciudadanía inclusiva.
4. Caer en la cuenta de que la migración es una oportunidad. La migración es una oportunidad para que las sociedades crezcan y se enriquezcan no sólo desde el punto de vista económico y científico, sino también en el ámbito social y cultural y en el mundo de la fe y los valores.
5. Recrear un modelo de estado de bienestar con la centralidad de la persona y algunos parámetros de felicidad, además de los indicadores económicos como medidas de progreso. Un estado de bienestar reformado y renovado, donde se reestructuren las instituciones y el estado refuerce su rol de garante de derechos y asuma una responsabilidad en el ámbito internacional, entre otras, las responsabilidades en la gestión de los flujos migratorios.

Alberto Ares Mateos, SJ
Red Migrantes con Derechos

Mons. José Cobo, obispo auxiliar de Madrid y responsable del departamento de inmigración

Criterios para el diálogo con la administración

La pandemia que estamos padeciendo ha puesto de manifiesto las fortalezas y las debilidades de nuestro sistema social. El gran descubrimiento ha sido el valor de la ciudadanía, la malla tupida de solidaridades del tejido social que no ha hecho distingos de razas o procedencias a la hora de ayudar. Por otra parte, no es ninguna casualidad que los que nos han salvado literalmente la vida han sido esos jóvenes a los que hemos maltratado con contratos basura y hemos dejado tantas veces en la cuneta. Allí estaban, en primera línea, con rasgos étnicos diferentes, limpiando hospitales y residencias, auxiliando y cuidando personas, transportando productos o reponiendo las líneas de cualquier supermercado. Todos tan "nuestros" como nosotros mismos, los autóctonos.

Pero también, impúdicamente, han asomado las debilidades. Las del mercado que, dejado a su solo funcionamiento, es incapaz de proveer de productos de primera necesidad y emergencia y llega a convertirse en trampa que enlentece la entrega de material básico, lo encarece. O las limitaciones del Estado, imprevisor irresponsable, desbordado por las necesidades, disperso territorialmente y lento para asumir el protagonismo y el liderazgo moral y operativo que le correspondía.

Aunque sea pronto, se pueden extraer varias conclusiones aplicables al campo de la extranjería. No se puede olvidar que la sociedad respondió solidariamente desde el primer momento sin hacer acepción de personas. Las administraciones actuaron con idéntica generosidad. Sin embargo, como solo hemos tenido una "vivencia" traumática, pero no una auténtica "experiencia" (añade a aquella la reflexión, el debate, la introspección y el silencio), las lecciones de la COVID-19 se nos pueden olvidar enseguida. Entre tanto, apuntamos algunas claves que la pandemia ha puesto de manifiesto en el diálogo entre el tejido social (también la Iglesia) y las administraciones.

1. «Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; lo demás…» (*Mt* 6, 33). La Iglesia no puede perder de vista que su misión es ser signo del reino de Dios, expresión significativa y creíble del amor de Dios y de la alegría del Evangelio. En su aproximación al sufrimiento humano generado por los desplazamientos forzosos no puede olvidar ser signo, abrazo y profecía.
2. «A Dios lo que es de Dios, y al César…» (*Mt* 22, 21). En el caso de España, por mandato constitucional, corresponde a los poderes públicos promover las condiciones para que

la libertad, la igualdad y la justicia social sean reales y efectivas (cf. art. 9.2 de la Constitución española). La acción social de la Iglesia es siempre subsidiaria. No tiene que asumir la responsabilidad de resolver todos los problemas sociales. No es Dios, ni el Estado, ni el tejido empresarial.

3. «Y dijo Dios: hagámosle a nuestra imagen y semejanza» (*Gén* 1, 26). La Iglesia prima la centralidad de las personas, su inalienable dignidad y los derechos que le corresponden. No se puede negociar a la baja la projimidad del "diferente". Por consiguiente, las leyes, incluidas las de extranjería, tienen que acomodarse a estándares mínimos que, antes que principios básicos de Doctrina Social de la Iglesia, tienen que ver con la cultura de los derechos humanos y el humanismo sobre los que se asienta nuestro mundo.

4. «La Iglesia se hace coloquio» (S. Pablo VI, *Ecclesiam suam*, n. 34). En efecto, en la identidad de la Iglesia está el diálogo con otros. La revelación es un diálogo amoroso entre Dios y el ser humano, que se prolonga en Cristo, la Palabra hecha carne, y se despliega en el que establece la Iglesia con el mundo. Es muy importante el diálogo de la Iglesia con quienes, desde cualquier ámbito, promocionan el bien común y la justicia social. Por tanto, la Iglesia, con independencia de la ideología de quien ostente el poder, está obligada a dialogar con las autoridades en los ámbitos estatal, autonómico y municipal en aras del bien común.

5. «A la medida de su necesidad» (*Dt* 15, 8). En ese diálogo se buscará promover la confluencia y la cooperación para proteger mejor a las personas más vulnerables. El criterio moral está delimitado por las necesidades de la persona, que se cristalizan institucionalmente en derechos y se vehiculan a través de las políticas sociales. La administración pública y la Iglesia se orientarán a la satisfacción de las necesidades materiales, afectivas y espirituales por encima de cualquier otro elemento accidental. Así se ha hecho en bastante medida durante la pandemia. No se han pedido papeles a nadie para asegurarle(nos) la salud, techo o un plato de comida.

6. «¿Guardián de mi hermano?» (*Gén* 4, 9). Las administraciones no pueden mirar hacia otro lado y considerar "inexistentes" a las personas sin papeles en regla. En el diálogo con los entes públicos la Iglesia no renunciará de ninguna manera a vivir y a hacer vivir la igualdad y la fraternidad con todas las personas, con independencia de su estatuto jurídico. Aún más: se tornará en guardiana celosa y abogada de los hermanos y hermanas más desprotegidos.

7. «Solo al Señor, tu Dios, adorarás» (*Lc* 4, 8). La Iglesia no se dejará seducir por vanas adulaciones, ni lisonjeras prebendas. Cuenta con más de dos milenios de sabiduría y ha visto de todo (pandemias incluidas). Por ello, las subvenciones, los conciertos, el dinero, en suma, no son el último (ni el primer) criterio de discernimiento a la hora de pactar con las autoridades.

8. «Para ser libres nos liberó Cristo» (*Gál* 5, 1). Por eso no aceptará ninguna mordaza, ni siquiera bajo apariencia de bien. La Iglesia no asumirá nada que le impida proclamar su Evangelio, mensaje universal de amor, caridad y justicia, con toda libertad en todos los ámbitos. Por eso será siempre libre para denunciar el comercio explícito y encubierto de personas, su alienación y cuanto viole la dignidad del ser humano.

9. «Una misma ley y una misma norma regirá para vosotros y para el emigrante que reside entre vosotros» (*Núm* 15, 16). La comunidad creyente se empeñará en que el extranjero goce de idénticos derechos y obligaciones que los autóctonos, porque sabe bien que ¡la Tierra es solo de Dios! También tiene memoria para recordar cuánto de la condición migrante va en nuestra historia y ADN.

10. «No tengáis miedo» (*Mc* 6, 50). Finalmente, la Iglesia no tendrá miedo a proclamar el Evangelio «a tiempo y a destiempo», a ser servidora de la verdad y políticamente incorrecta. Por eso, siempre al servicio de la convivencia y el bien común, no dejará de apoyar a los niños y niñas extranjeros no acompañados, procurará el cierre de los CIE, el fin de las devoluciones en caliente y de cuanto comprometa la cultura de los derechos humanos y la imagen de Dios en la persona del diferente.

José Luis Segovia Bernabé
Vicario episcopal para el Desarrollo humano integral y la innovación
(Archidiócesis de Madrid)

Más miedo al hambre que a la COVID

En Almería, el principal sector económico es la agricultura de cultivo intensivo en invernadero. Este sector económico se sustenta en el trabajo duro y diario de trabajadores y trabajadoras del continente africano. Estas personas vinieron a España en busca de un futuro mejor para ellos y sus familias. Con este objetivo, se levantan día a día y se dirigen a buscar trabajo en diferentes invernaderos con la esperanza de encontrar alguno que les necesite ese día. Muchas de estas personas viven en lugares que no reúnen las condiciones mínimas de habitabilidad: son lugares sin acceso a suministros básicos, sin agua, luz ni saneamiento, en los que se da hacinamiento; son chabolas de plástico y madera, cortijos en ruinas, antiguas construcciones, balsas de riego que se ubican en el diseminado, alrededor de los invernaderos y lejanos a los recursos (centros de salud, tiendas, farmacias, centros educativos…).

Ante esta situación, la irrupción de la epidemia no ha hecho más que poner de manifiesto la cara más cruel de esta sociedad del descarte.

La principal medida de protección ante la COVID-19 es «quedarse en casa». La pregunta es cómo quedarse en casa cuando en tu casa no hay luz ni agua; cómo quedarse en casa cuando necesitas andar largas distancias para comprar productos básicos, y cómo quedarse en casa cuando en casa conviven muchas personas que necesitan trabajar para subsistir.

Ha sido y es un tiempo muy difícil marcado por el miedo. Este miedo viene motivado por las condiciones que provocan que estas personas sean excluidas social, económica y residencialmente.

El problema de estas personas no es la COVID-19; el problema de estas personas es que viven en infraviviendas en el diseminado, marginadas social y residencialmente.

El problema no es que por la emergencia sanitaria no se pueda salir a trabajar; el problema es que muchas de estas personas trabajan sin contrato y no podrían justificar su salida.

El problema no es que te multaran en la calle porque no podías estar fuera de casa; el problema es que la ley de extranjería te prohíbe estar de forma regularizada y estar fuera de casa te expone a una orden de expulsión.

Ha sido mucho el tiempo que han pasado sin poder ir a trabajar por todos estos miedos. Un tiempo sin ingresos que en una economía de subsistencia tiene unas duras consecuencias.

Este tiempo nos ha hecho ver numerosas realidades de personas que cargan con la cruz día a día y a las que la epidemia ha afectado con mucha dureza. Sin embargo, estas personas han sido una lección de responsabilidad, solidaridad y esperanza.

Almudena Puertas de Lara
Secretariado Diocesano para las Migraciones. Almería

La cruz de Lampedusa en los asentamientos de Lepe

Lepe tiene orígenes fenicios, fundada en el siglo VI a.C., y habitado hasta hoy por muchas civilizaciones distintas. Hoy es popularmente conocida en los mercados internacionales por los frutos rojos que da la tierra. Esta situación hace de Lepe un lugar singular, tanto por la forma de ser de sus gentes como de los que llegan.

Dice una publicidad turística de Lepe: «Pueblo cuyos recursos medioambientales, unidos al buen hacer de sus gentes, sabe premiar a todo el que lo visita»; suponemos que falta decir qué pasa con los que la visitan y pretenden quedarse. Cuando hay trabajo, España necesita inmigrantes, pero a nadie parece interesarle en qué condiciones viven.

En estos asentamientos chabolistas de inmigrantes viven principalmente trabajadores del campo, y acogen en temporada alta a más de 2.500 personas.

Recientemente nos visitó el relator de la ONU para la pobreza en Europa y su informe no dejó duda alguna: «Viviendo en condiciones que rivalizan con las peores que he visto en cualquier parte del mundo». Y así es, a kilómetros de distancia del agua potable, sin electricidad, ni red de saneamiento adecuado, abandonados por los políticos y con la única ayuda de agentes sociales voluntarios y ONGs.

La cruz de Lampedusa no podía faltar para evidenciar con su presencia la precariedad entre pobres y marginados de nuestra sociedad, y repartir su bendición entre la población.

Llegamos a las 16:45 horas, procedentes de Ayamonte, y con miembros de ASNUCI recorrimos varios núcleos de chabolas de “Hotel Portugal”, a pie de la N-431.

Con la mayoría de los habitantes trabajando en el campo, y el resto que no quería salir en la foto para no ser identificados, posamos para dejar constancia de esta visita. En las fotos, en Ayamonte, aparecían algunos en la capilla de las HH. de la Cruz, y otros de ellos ayudando a portar la cruz hasta el altar de la iglesia de las Angustias. Pero aquí no querían posar para que las fotos no llegaran a sus familias y estas pudieran ver dónde y cómo viven.

Los asentamientos chabolistas de inmigrantes de Lepe son tristemente famosos en redes sociales por los numerosos incendios que sufren durante todo el año.

Solo en el último trimestre de 2019 hubo cinco, con desalojo y pérdida de enseres de más de 800 inmigrantes, que tuvieron que ser realojados en grandes superficies.

La cruz de Lampedusa, símbolo del dolor y del sufrimiento de muchos migrantes, deja su sello entre los que sí llegaron, y que ahora, aquí, tienen que seguir luchando por su supervivencia en un entorno inhóspito.

A solo 2 km llegamos al núcleo urbano de Lepe, y allí nos recibieron los jóvenes del grupo scouts, muy numeroso, que portaron la cruz hasta la iglesia de Santo Domingo de Guzmán para continuar con el itinerario previsto.

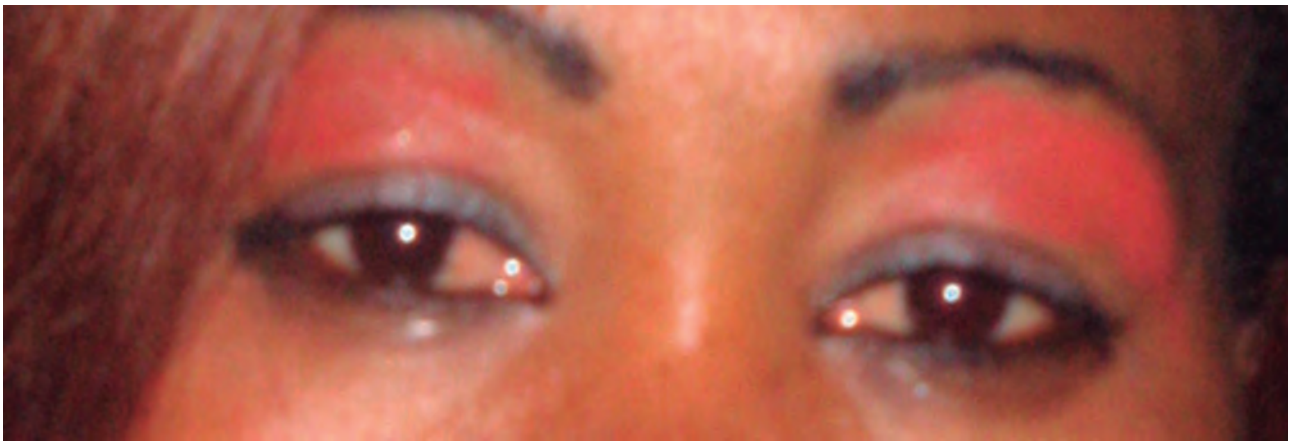
Un traslado solemne teniendo presente a los hermanos que habíamos visitado anteriormente.

Antes de llegar al destino se leyeron sendos manifiestos en puntos distintos reclamando solución urgente para los inmigrantes en Lepe.

Gracias, chicos, chicas, por vuestro acompañamiento.

Emilio Muñoz Jorva
Delegado de Migraciones de la Diócesis de Huelva

Villa Teresita, una comunidad que sale al encuentro



Es miércoles. Como cada semana preparamos el café, la leche, los zumos y dulces para salir a la calle. Antes de ponernos en marcha, pasamos un momento por la capilla. Enviadas por ÉI, queremos ser amor que sale al encuentro, que escucha, que acoge, que descubre la Presencia misteriosa de Aquel que no excluye a nadie. Con el corazón abierto y la mirada atenta, comenzamos nuestra ruta, hoy recorreremos la zona centro de la ciudad.

A la primera que encontramos es a Vero, una chica rumana de 19 años con una discapacidad, víctima de trata, aún está pagando su deuda y tiene mucho miedo. Me da un abrazo y se queda acurrucada en mi pecho mientras vamos charlando; al rato, dice: «ya tengo suficiente para esta semana». Así mendiga amor quien solo recibe violencia y desprecio. Es un dolor y un regalo a la vez, ser brazos que acogen, corazón que sufre con el dolor ajeno.

A los pocos metros nos encontramos con Sophi, una mujer guineana, que lleva años en la calle y es la sostenedora de sus seis hijos y de la familia en su país de origen. «Llevo una tribu a mis espaldas, pero ¿sabes? Dios me da la fuerza para cada día, hoy tengo la que necesito». El Dios de la Vida se ocupa de sus pequeños, «hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados. No temáis, vosotros valéis más que muchos pajarillos» (*Lc* 12, 7). Él es quien da la fuerza y nos deja ser testigos de ello.

Mara y Sira hoy no tienen ganas de hablar; saludan, les servimos una leche con chocolate y un zumo y siguen caminando. Cada una tiene su momento, en la calle es importante "estar", pero a la vez es necesario respetar los ritmos, los momentos personales. Hoy me llevo la mirada triste de Sira en el corazón. ¡No solo las palabras hablan!

Angy es venezolana, su hija está teniendo problemas en el colegio y nos pide que le acompañemos a la reunión con la tutora: «sabe a qué me dedico, pero quiero que vea que no estoy sola, yo no soy mala madre». Y es que todos necesitamos tener con quien contar, caminar con otros. Ir a la calle no es solo hacerse presente allí, es poder acompañar más allá de la esquina, es tender la mano para hacer juntas camino en la vida.

Fátima es nigeriana, está en un buen momento; hace tiempo terminó de pagar su deuda y se va planteando nuevas cosas. Le han cogido en el curso de limpieza hospitalaria al que la derivamos, y está ilusionada con empezar. Como le van a dar una beca por hacerlo dice: «¡Por lo menos no tendré que venir todos los días! Si la gente supiera lo que tenemos que aguantar aquí, no nos mirarían tan mal». Siempre hay esperanza, siempre algo nuevo es posible.

Georgiana, como siempre, está alborotando, sus risas y voces se oyen por toda la calle. Hace ya unos cuatro años que la

conocemos, y aunque le costó mucho empezar a hablar con nosotras, porque estaba siempre controlada, ahora, que ya tiene un poco más de libertad, viene corriendo en cuanto nos ve. Es pequeña, delgada, con aspecto de niña, aunque tiene ya 23 años. Toma de todo, zumo, café, varios dulces; «llevo todo el día sin probar bocado». Ha llegado pronto a la calle y un incidente con un cliente que le ha robado le ha tenido todo el día revuelta; «menos mal que venís vosotras, al menos algo bueno en el día», nos dice con cara de pilla mientras nos planta un beso. Georgiana llegó a España siendo menor, le prometieron un trabajo en el campo y desde el día que llegó la bajaron a la calle. Lleva manteniendo a la familia que la explota casi cinco años, y aunque aparentemente es alegre, en muchos momentos expresa su dolor, sus heridas, su soledad. En varias ocasiones le hemos ofrecido la posibilidad de venir a vivir con nosotras, pero aún no ha llegado su momento: «rezad por mí, que el día que tenga fuerzas saldré de aquí». Y cómo no rezar, cómo no pedirle al buen Dios que le dé la valentía que necesita para dar el salto, aunque le de vértigo. Aún no sabe qué es lo que quiere, pero cada vez va teniendo más claro qué es lo que no quiere. Llegará, sé que algún día vendrá; su deseo de vida nueva es demasiado fuerte como para poder ser ahogado.

De vuelta hacia casa, los sentimientos son contrapuestos. Por un lado el dolor de dejarlas allí, de saber lo que supone, lo duro que es y, por otro, la alegría de los encuentros, del cariño compartido, de las búsquedas, de la esperanza de una nueva vida que siempre es posible.

Desde nuestra pequeña comunidad de Villa Teresita y con el apoyo de voluntarios y un pequeño equipo profesional salimos al encuentro de las mujeres sintiéndonos invitadas por el Señor: «Anda y haz tú lo mismo» (*Lc* 10, 37). No podemos solucionar todos sus problemas, no podemos decidir por ellas, no podemos arrancarlas de los "lazos del mal", no podemos… ¡tanto! Pero podemos compartir su dolor e impotencia, podemos quererlas y recordarles que hay un Dios que las quiere con locura y desea su felicidad, podemos acompañar sus vidas intentando abrir caminos de liberación, de crecimiento. Podemos ser palabra de esperanza en medio de la oscuridad de cada noche, podemos elevar nuestra oración al cielo para que el Dios de la Vida obre sus milagros en ellas, y podemos ser testigos, y lo somos, de que la trata, la explotación, el mal, no tienen la última palabra.

Conchi Jiménez
Religiosa de Auxiliares del Buen Pastor, Villa Teresita en Valencia

El valor de la escucha en el trabajo migratorio

Permítanme la presentación a los menos iniciados en el ámbito investigador. Edgar Morin[1] es un filósofo francés, recientemente fallecido, que, junto con otros muchos autores, trata de impulsar una revolución en la metodología científica de investigación y, por extensión, en las formas de aprendizaje que deben impulsar el conocimiento en este siglo XXI.

Para ello propone un nuevo paradigma, el de la *complejidad*, que reemplazaría el caduco de la *simplicidad*. Este tiene, resumidamente, tres grandes grietas que invitan a su renovación. La primera, que establece una ruptura entre el observador y lo conocido. La segunda, que establece un mecanicismo para la explicación de la realidad que excluye otras *fuerzas* presentes en ella, excluyendo las vinculadas a la espiritualidad. Por supuesto y por extensión, también a la religión. En tercer lugar, y de forma paradójica, la evolución tecnológica indudable, generada por el *paradigma de la simplicidad*, permitió descubrimientos que pusieron en crisis su propia propuesta.

La versión teológica del paradigma de la complejidad puede encontrarse enunciado hasta diecinueve veces en *Laudato si'* en la expresión: «todo está conectado». Se trata de una nueva manera de comprender la realidad y el enfoque de las distintas disciplinas de la teología. No solo de la ecológica, sino también de la migratoria.

Traduciendo el *paradigma de la complejidad* al ámbito de la movilidad humana, una serie de consecuencias pueden comprenderse como aportaciones originales: a) no puede perpetuarse el modelo de estudio de las migraciones como de un observador externo que ejercer una mirada distanciada de los datos, coordenadas y ecuaciones que rigen la movilidad; b) no puede estudiarse la movilidad en términos de un fenómeno autónomo con fuerzas y dinámicas originales que permiten una medición empírica, en términos de *simplicidad*, sino en una dinámica de *complejidad* en la lógica de que *todo está conectado*. Pertenecemos a un sistema en el que la movilidad humana no puede considerarse como fenómeno aislado, sino como fruto de los movimientos económicos de los distintos países del orden internacional; de la interacción de la creación y el medio ambiente con los procesos productivos de recolección, ganadería y agricultura; como expresión de la situación política en función del bien común y su traducción en el justo orden público y su reflejo en forma de paz.

Los migrantes, así contemplados, no son personas que llegan, sino que proceden de los movimientos generados por la interacción de todos los factores descritos en los que el país de acogida está, también, implicado. Los migrantes no son solo personas a las que acoger, sino con las que aprender a convivir para construir nuevos modelos relacionales. Los migrantes no son personas que viven situaciones coyunturales, sino que participan en la movilidad de los mecanismos que forman parte de la persona y que nos unen en comunión con ellos.

A diferencia de los sedentarios, los nómadas nos traen las noticias de cómo se manifiesta la vida en el rigor, la incertidumbre, las situaciones de dificultad, el desarraigo… Y curiosamente todos los adjetivos que nos permiten describir nuestra percepción de la COVID-19. Experiencia también compleja, de interacción y no de análisis particulares y aislados; global y sistémica.

Por esta razón, la primera y principal actitud para poder emprender los primeros pasos en el trabajo con migrantes y refugiados no es el análisis, ni la estrategia, sino la escucha, la actitud interior que testimonia ser conscientes de la *complejidad*, de que *todo está conectado* y que no se trata tanto de un movimiento de salida hacia ellos, sino de aprender de su testimonio lo que podemos reconocer de nosotros mismos.

José Manuel Aparicio Malo
Sacerdote de la Archidiócesis de Madrid
Profesor en la U.P. Comillas

[1] Cf. E. Morin, *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona 2009; Id., *El método* (varios volúmenes), Cátedra, Madrid 2006.

Para crecer hay que compartir

Estamos ante un párrafo impresionante del Mensaje del papa Francisco. Veamos cómo: Dios supone una alternativa radical a los valores del mundo y a los sistemas que están detrás de tantos desplazamientos forzados basados en una oferta económica basada en el tener y consumir.

La eucaristía, eje central de la vida cristiana y expresión de los dos textos bíblicos que el papa cita (*Hch* 4, 32: tenían todo en común; y *Jn* 6, 1-15: ofrecimiento de pan y peces) nos está desvelando un espacio diferente: el espacio de la comunión y la gratuidad en el compartir. Así se entienden muy bien los deseos del papa.

Antes de repartir los panes, la puesta en marcha para adquirirlos que los discípulos quieren en la escena evangélica es la dinámica del precio, del coste, del «cuántos panes compraremos». Jesús entra en otra dinámica totalmente diferente. Nos introduce en el espacio del compartir. Eso sí que es un auténtico milagro. Y mucho más hoy día. Lo actualizamos en la eucaristía.

Hemos preparado y presentado las ofrendas: pan y vino (que en las celebraciones de los migrantes van acompañadas de otras) y que son, en las culturas agrarias mediterráneas, los elementos básicos de la alimentación cotidiana y de la fiesta. Pan y vino que son fruto de la tierra, del trabajo humano y su cultura, la realidad material y tangible que sustenta todo el entramado social. Ahí recogemos nuestros fragmentos dispersos: unos granos triturados que hacen pan y una uvas estrujadas, exprimidas para hacer vino, todo ello como señal sacramental de la misma vida de Jesús, triturada hasta sacarle su "jugo". Y los ofrecemos unificados para que sea distribuida equitativamente entre todas las personas. No es casualidad que sea precisamente en este momento cuando, en la eucaristía, se recoge la colecta económica de la asamblea, expresión concreta y palpable del destino universal de los bienes. Especialmente para los más vulnerables de dentro o fuera de la comunidad cristiana. Porque «Dios no quiso que los recursos de nuestro planeta beneficiaran únicamente a unos pocos».

Y sobre todo vivimos para crecer y compartir el memorial de la última cena: tomad y comed. Al que siguen dos gestos de gran carga simbólica y profundidad vital. Primero, la asamblea reza junta el padrenuestro. La comunidad quiere vivir polarizada por el Reino de la fraternidad universal con las peticiones conocidas. Y, segundo: se nos invita a una oración por la paz y la unidad, que se expresa en un gesto concreto y sencillo. Manos abiertas y extendidas para orar al Padre, pero también para abrazar al hermano. Como diría Blas de Otero, pedimos la paz, el pan, la palabra. Con todo lo anterior, será evidente que «comulgar» no es un acto individual («nadie se salva solo», dice el papa) o estrictamente limitado a la relación entre Jesús y el creyente. No. Como no eran los panes y los peces solo para unos pocos. Entrar en comunión significa compartir la vida de Jesús, vivir según su estilo y opciones, apostar por la comunión fraterna sin exclusiones. Comulgar el pan implica repartir el pan y los bienes entre todas las personas. Comulgar en el Cuerpo de Cristo significa construir el cuerpo de la fraternidad universal, por encima de muros y fronteras. Entrar en comunión con Dios en Cristo-eucaristía supone entrar en comunión con todos los seres humanos en Cristo-identificado-con-los-excluidos.

El niño entregó pan y peces. Y nosotros diariamente el pan y el vino (¡ojala también lo hagamos como los niños!). Es decir, nuestra ofrenda queda incorporada al ámbito de Dios, que nos la devuelve hecha entrega plena para toda la humanidad, sin exclusiones.

«Nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común» (*Hch* 4, 32). Siguiendo la indicación del papa Francisco de que «para crecer hay que compartir» eso supone al menos dos cosas: primero entender las migraciones en el contexto de la desigualdad internacional y las asimetrías en la distribución de recursos a nivel global. Hablar de migraciones internacionales o de desplazamientos forzosos significa hablar no solo de la causas que las provocan (búsqueda de dignidad, paliar el hambre, el buscar el salario justo, huir de la violencia o los desastres ecológicos, etc.), sino también caer en la cuenta de la injusta distribución de la riqueza en el mundo. El segundo comentario que también tendemos a olvidar es que los migrantes son un elemento que configura a las sociedades receptoras empujados desde sus países de origen por las causas citadas y las hace crecer. ¿Alguien puede imaginar que la

realidad social en España, por poner un ejemplo, fuese posible sin la aportación de los albañiles ecuatorianos o polacos, de las empleadas de hogar bolivianas o rumanas, o de las miles de zanjas que obreros marroquíes o malienses han levantado para instalar cables en nuestras calles?

Los migrantes salen de un país porque allí no pueden vivir y llegan a otro... ¿Alguien cree que saldrían de pueblos, valles y montañas, dejando a su familia por gusto? Conviene recordar lo que el papa dice: «Tenemos que aprender a compartir para crecer juntos, sin dejar fuera a nadie», especialmente en una época de crisis como la actual (que los emigrantes no han provocado) y que será mayor en los tiempos críticos de pos-tpandemia. ¡Así de simple!

Ha llegado la hora de reconocer la aportación que han hecho los inmigrantes a nuestra sociedad. En un futuro próximo nuestra sociedad será, en mayor medida, multiétnica, intercultural y plurireligiosa. Ese reconocimiento que hace la Iglesia española en la instrucción pastoral Iglesia, servidora de los pobres supone integrar lo que san Juan Pablo II decía: «La pertenencia a la familia humana otorga a cada persona una especie de ciudadanía mundial, haciéndola titular de derechos y deberes, dado que los hombres están unidos por un origen y supremo destino comunes».

Es decir: «estamos todos en el mismo barco». Nos lo ha recordado el papa Francisco.

José Luis Pinilla Martín, SJ

¿Me haces un hueco?

A un cristiano no se le debe hacer nada extraño la realidad de un migrante o de un refugiado: Moisés se quedó a las puertas de la tierra prometida después de guiar al pueblo en una larga migración no exenta de dudas e incertidumbres (*Dt* 32, 48-50); José huyó a Egipto para proteger a Jesús de la persecución de Herodes, y cuando el ángel del Señor le indicó que podía volver, José tuvo miedo (*Mt* 2, 13-15.19-23).

Miedo, una emoción muy humana que todos hemos sentido pero que en algunas personas cobra dimensiones que sobrepasan lo que es humano. Los refugiados han pasado miedo a la persecución y han huido, los migrantes manifiestan a menudo que en su país no tenían futuro alguno y esto les ha llevado a cruzar fronteras (físicas y mentales) para poder tener una vida digna.

El confinamiento ha agravado estas situaciones. Niños y niñas que encontraban refugio y comida en la escuela se han encontrado encerrados en casa de la noche a la mañana. Hemos comprobado que la brecha digital existe, familias con pocos recursos que se han visto abrumadas para poder seguir los cursos. Jóvenes que con la vitalidad propia de la edad se han quedado encerrados en pisos compartidos. Incertidumbre acerca de sus familias y la afectación en sus países de origen, dudas acerca de la renovación de papeles, formaciones interrumpidas.

Todo el mundo ha hablado de los héroes que han luchado contra la pandemia en el sistema sanitario. Se merecen todo nuestro reconocimiento y soporte para revertir las políticas de recortes que ha habido en los últimos años, pero cuando iba en el metro vacío y fantasmagórico pensaba que había otros héroes: los y las educadores que hemos acompañado a estos jóvenes durante el confinamiento. Hemos tenido charlas muy profundas, e incluso con algunos jóvenes con quienes la relación era difícil, estos días han propiciado encuentros que les han beneficiado.

¿Cómo convertir este miedo en esperanza? ¿Cómo acompañar para que las personas visualicen un futuro que les permita andar y salir adelante?

Hay un proverbio africano que dice que para educar un niño se necesita toda la tribu. ¡Qué bonita imagen de lo que tiene que ser una sociedad! El papa Francisco en el *Mensaje* para la CVI Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado comenta que se necesita involucrar para promover. Somos toda la sociedad (la tribu) la que nos tenemos que involucrar para dar futuro.

Tenemos que poner encima la mesa las disfunciones de los sistemas de acogida: todos hemos leído el colapso para pedir cita para presentar la solicitud de asilo; mientras no llega esta cita tenemos personas durmiendo en la calle; el drama de jóvenes que se quedan sin nada cuando cumplen la mayoría de edad y salen de los sistemas de protección; la precariedad de vivienda para muchas personas en situación de vulnerabilidad, los CIEs y la vulneración de derechos…

Pero no solo tenemos que denunciar, también tenemos que "hacer un hueco", hacer espacio para que el otro quepa. Como sociedad y como cristianos no podemos dejar que sea solo trabajo de los educadores y profesionales que están con ellos, tenemos que imaginar cómo podemos ayudarles en su itinerario y su futuro. Algunas personas colaboran en refuerzo escolar, otras en programas de mentoría para niños y jóvenes en riesgo de exclusión, otros colaboran con Cáritas u otras organizaciones para paliar los riesgos de la pobreza y la exclusión, otros simplemente (pero muy importante) combaten los discursos llenos de prejuicios.

Es un aprendizaje y un enriquecimiento mutuo; cuando nos involucramos reconocemos al otro como alguien que nos importa.

Algunas familias y comunidades han abierto sus casas a migrantes y refugiados. Es un gesto que necesita un discernimiento importante, pero cuando se hace llena de vida esta casa. Tengo la experiencia de haber compartido nuestra comunidad con personas de medio mundo; para muchos de ellos esta sigue siendo su casa, en la que se sabrán escuchados y acompañados.

Joan Prat Armadans
Educador Social
Escolapio

Vidas

Y si tú no fueras tú y fueras él… Y si tú no fueras tú y fueras ella... Y si fuésemos ellos y ellas…

Se habla mucho de "los refugiados", "los campos", "la crisis migratoria", pero: ¿quién los está refugiando?

Vidas, personas que han sido condenadas al olvido, al rechazo, a la espera. Personas condenadas al eterno movimiento, a la huida, a la nada. Personas cuyo error cometido es vivir en países a los que saqueamos sus materias primas. A finales de mes más de 11.000 personas quedarán en las calles en Grecia porque se les expulsa de las viviendas, de los campos, de los alojamientos sociales en los que vivían. Esto es un "suma y sigue" en la pirámide de despropósito, falta de consideración y vulneración de los derechos humanos.

Hablemos de lo que ocurre en las fronteras: vallas manchadas de sangre, guijones de ropa, torturas, campos de personas refugiadas cuyo menú diario es el abandono y la desesperación, historias de familias abandonadas a su suerte, historias de desesperanzas. Vidas con nombre y apellidos, al fin y al cabo, personas que huyen del horror de países en guerra, pasteleros, peluqueras, médicos, maestras, amas de casa... personas como tú y como yo.

El número de personas desplazadas de manera forzosa debido a los conflictos, la persecución y la violencia sigue aumentando. Más de 70 millones de personas desplazadas en el mundo; más de 24 millones de personas refugiadas. Seguimos sufriendo la mayor crisis humanitaria de personas refugiadas y migrantes desde la segunda guerra mundial.

Me asombra la incapacidad y la desidia de los líderes europeos para consensuar una política de migración y asilo común tras años de debates y propuestas. Me preocupa el ascenso de las fuerzas políticas de ultraderecha, la difusión de noticias falsas contra las personas refugiadas e inmigrantes con discursos xenófobos y racistas, la islamofobia, que hacen que el futuro sea incierto y nada alentador.

Las fronteras siguen blindadas y siguen construyendo muros visibles e invisibles. Los invisibles son los que más me asustan. Me aterran los muros que se alzan en las conciencias, «lo mío y lo nuestro», «nos vienen a quitar el trabajo», «no caben más aquí», «que se vayan a su país»…

Decido dedicar mi tiempo, porque lo más valioso que tenemos es nuestro tiempo. Y tras cuatro años sigo aquí, yendo y viniendo a campos de personas refugiadas. Grecia fue el primer país, fui con una mochila y mucha ilusión, tras leer en Facebook a una chica que necesitaba a personas voluntarias que tuviesen «dos manos y una sonrisa» (pensé: esto lo tengo) y allí que me fui.

El primer campo de personas refugiadas fue en Termópilas, Grecia. Allí, en un antiguo balneario abandonado, con aguas termales ricas en azufre y también en mosquitos y un olor pestilente, allí estaban las casi quinientas personas refugiadas que me enseñaron el valor de amistad, la dureza de la vida, los horrores del ser humano, la capacidad de resiliencia, las risas con sabor a amargura, el poder del «se puede», y muchos valores que aún guardo en mi mochila y en el corazón. Conocí el amor entre carreras y urgencias. Tras este campo llegaron los trabajos en Atenas en las zonas de la calle, en los campos improvisados, en los *squads*, los acompañamientos, las ayudas humanitarias de emergencias, etc.

Y llegó Serbia, la frontera serbo-croata, un pueblo pequeño, SID, en el que no fuimos ni bien recibidos ni bien acogidos. En el pueblo y en la zona aún se palpaba lo ocurrido en el pasado con las guerras yugoslavas que afectaron a las seis exrepúblicas yugoslavas. En esta zona, entre maizales y girasoles vivían unos doscientos chicos de diferentes nacionalidades, argelinos, afganos, pakistaníes… Un crisol de culturas cuyo único propósito era llegar a Europa.

La situación que allí se vivió fue dantesca, la policía croata tortura, intimida, impone su fuerza física con estos chicos, cuyo único propósito es cruzar la frontera por el bosque durante 10 o 15 días, escondidos para poder pedir asilo en Europa occidental; es lo que llaman «el *game*». Ellos se juegan la vida cada día. Aún recuerdo las heridas, mapas en las espaldas dañadas de los chicos.

Al no tener vías seguras para poder acceder a Europa las soluciones son horribles: caminar por el bosque, donde si la policía te coge te golpea y te quita la ropa, te destruye el móvil, meterse en los bajos del tren es otra opción (algunos chicos han perdido la vida). Meterse en un camión y sufrir largos viajes donde la vida peligra también era otra, tan dura como la primera (también han perdido la vida asfixiados)… ¡Nadie les ofrece vías seguras! Así es la vida en esta frontera. Esta frontera se cuenta mejor con imágenes que con palabras.

Y, tras esto, llegó París, y suena muy bonito cuando te preguntan: «Patricia, ¿dónde irás ahora en Navidad?». Y les dices: «París». París, la ciudad de la luz, la ciudad para soñar, la ciudad que desprende magia al recorrer sus calles, sus barrios, sus jardines, la ciudad de los cafés. La ciudad que tiene un campo de personas refugiadas a orillas del Sena, el campo de refugiados «más bello» del mundo. Los turistas fotografían las tiendas de campaña al pasar con sus barcos como si de otro monumento se tratase. La ciudad que mira hacia otro lado, en el que la línea cinco del metro se ha convertido en un campo improvisado. Pandillas de chicos jóvenes de diferentes nacionalidades conviven y sobreviven entre el abandono, los bajos de los puentes y las bocas del metro.

Me preguntaba dónde estaban los valores parisinos, esos que cantan y venden ante actos deportivos o culturales, «la libertad, la igualdad y la fraternidad», valores encarnados por el lema de la República francesa y por la Declaración del Hombre y del Ciudadano, que son un legado que la humanidad ha heredado de la cultura y de la civilización francesas. Yo no los vi. Vi a muchos chicos de diferentes nacionalidades con la mirada perdida, durmiendo en la calle, con nieve y mucho frío, mientras la gente caminaba deprisa y casi pisándoles, ignorando su presencia. Almas deambulando entre las calles de la ciudad de la luz; ellos, las sombras.

La vuelta a casa tras estar en París me dejó conmocionada. Había visto muchos campos de personas refugiadas fuera de Europa, y esto estaba sucediendo aquí, a una hora en avión de España. Sentí vergüenza. Tras todos los viajes la vuelta a casa se hace difícil, yo puedo volver a mi hogar, tengo esa opción. Ellos y ellas no. Una casa, una cama, comida fresca, ropa limpia, mi familia, mis amigos. Los primeros días el dormir en la cama con sábanas limpias me molesta, me enfada y me pregunto: ¿por qué yo sí y ellos y ellas no?, ¿para qué se ponen fronteras?, ¿por qué se rechaza a otro ser humano?. Si les miraseis a los ojos, si compartierais un día con ellos y ellas, si jugaseis con los niños y niñas, todo cambiaría.

En el Líbano, frontera con Siria, fui a un proyecto muy difícil, pero con el que estoy muy ilusionada. En este último proyecto se ayuda a los niños y niñas desplazados por la guerra a tener un ambiente seguro y a mejorar e integrarles a nivel psicosocial y psicoemocional, ya que llegan con estrés postraumáticos. Al llegar me encuentro a los trabajadores de la ONG con la que trabajaré: Urda. Proyectos a los que estoy muy unida actualmente. No solo es dar comida y llenar el estómago, lo más importante es llenar la mente y el alma. Y la ONG *Sonrisas en acción* seguirá sembrando sonrisas allá por donde vaya. Porque no olvidemos que nosotras nacimos en un rincón del planeta sin catástrofes naturales ni condiciones ambientales hostiles, en un momento de la historia sin amenazas de guerra y en una familia que pudo alimentarnos, abrigarnos y educarnos. Todo esto es un regalo.

Patricia Sierra Solís
Presidenta de la ONG *Sonrisas en Acción*. Cáceres

Antonia del Olmo

Caravana de migrantes en Honduras

Ni siquiera la pandemia ha podido evitar que, una vez más, de Honduras parta una caravana de migrantes hacia EEUU. Nos lo cuenta desde allí el que fue delegado de Migraciones de la diócesis de Cartagena-Murcia, José Luis Bleda.

Llegué a Honduras, en concreto a La Lima, Cortés, el pasado 19 de diciembre, procedente de la diócesis de Cartagena, en España, donde entre otras responsabilidades he llevado la delegación de Migraciones hasta el 16 de julio del pasado año, en que cesé para preparar mi incorporación a la misión en Honduras. Aquí me ha sorprendido la pandemia y sus consecuencias, así como las medidas que están tomando los gobiernos de esta parte del mundo para controlarla, entre ellas el cierre de fronteras y la prohibición de toda movilidad humana; todo esto en Honduras se aplica desde el pasado 15 de marzo.

Este cierre ha incluido el cierre de las oficinas del Estado, entre ellas las del Instituto Nacional de Inmigración, por lo que todas las gestiones que dependen del mismo están paralizadas. Personalmente yo estoy esperando respuesta a una petición de residencia, que realicé en enero, pero que para el 15 de marzo todavía no había llegado, y precisamente hoy, 5 de junio, es mi primer día como inmigrante ilegal en este país, ya que el permiso que me dieron para estar venció ayer, 4 de junio, y no ha sido posible renovarlo. Aunque todos me dicen que no me preocupe, es curioso eso de pasar de ser delegado de Migraciones a inmigrante ilegal o en situación irregular.

En medio de todo esto, el pasado martes en las cadenas de noticias de Honduras se comunicaba que la Policía Nacional había parado una caravana de inmigrantes irregulares, procedentes de Haití, Cuba, Angola, Costa de Marfil, Ghana y Guinea, que había salido de la ciudad de Choluteca, al sur del país, camino hacia Tegucigalpa y hacia la frontera con Guatemala, donde quieren pasar para llegar a los Estados Unidos, destino final de su viaje, que según distintas fuentes se inició en Brasil y ha pasado por Perú, Ecuador, Colombia, Panamá, Costa Rica y Nicaragua.

No se sabe bien cuántos son. Algunos medios hablan de 300, otros de 260, incluso hay vecinos que aseguran que han llegado a estar casi 500 inmigrantes parados en Choluteca. Esta ciudad, la más cercana con Nicaragua, es testigo de cómo desde hace un par de años llegan gentes procedentes de Cuba y Haití, principalmente, de paso hacia los EE.UU. En las oficinas del Instituto Nacional de Inmigración obtienen un salvoconducto de tres días para cruzar el país; sin dicho salvoconducto pueden ser multados con 200$ si tratan de pasar legalmente a Guatemala o El Salvador. Pero el 15 de marzo cerraron las oficinas de Inmigración, por lo que estas personas no pudieron obtener el salvoconducto, y tuvieron que quedarse en la ciudad de Choluteca, ya que también se ha suspendido todo el transporte público. Allí, Inmigración dispone de un albergue para 30 personas, donde, según fuentes del gobierno, fueron atendidos algunos de ellos, aunque diversas asociaciones de derechos humanos aseguran que dicho albergue está vacío. Los que tenían algún dinero han pagado por alojarse, otros han podido hacerlo gracias a diversas asociaciones y a la generosidad de algunos particulares. Pero, tras 80 días de confinamiento, la situación de todos se ha ido haciendo más insostenible, lo que ha llevado a que un grupo, de unas 102 personas, decidieran iniciar la marcha hacia Guatemala, consiguiendo en un principio ser llevados por un camión de carga hacia Tegucigalpa.

Recorridos 6 km se encontraron con la Policía Nacional, que les hizo bajar del camión que les transportaba y que les retenía; al lugar llegaron también varias personas de distintas organizaciones de derechos humanos; quienes no se presentaron fueron el personal de migración, por lo que la policía dejó continuar la marcha, a pie; unos pocos volvieron a Choluteca. Lo cierto es que el día 3 llegaron 90 de ellos a Tegucigalpa, la capital del país: 50 hombres, 30 mujeres y 10 niños. Varios niños nacieron en el Hospital del Sur, de Choluteca, durante su estancia allí; la más pequeña de la caravana tiene apenas 23 días.

Ya en Tegucigalpa, sí ha intervenido Migración, trasladando a estas personas al Centro de Atención del Migrante Irregular, junto al Aeropuerto de Toncontín. Allí parece ser que les han hecho las pruebas de la COVID-19, aunque algunos de ellos denuncian que ya se las habían hecho en Choluteca pero que nunca les han informado de los resultados de las mismas, y,

según el gobierno, gracias a una ayuda de la OIM les han ofrecido retornarlos a sus países de origen, a lo que se han negado.

La cosa parece cruda, ya que los gobiernos de Honduras y Guatemala han realizado una declaración conjunta expresando su preocupación por estas caravanas en tiempos de pandemia, una preocupación que la gente del pueblo no tiene, pues aunque todos ven el virus como algo que traen los de fuera, saben que si alguien lo trae son los asiáticos y los europeos, no los pobres que buscan un futuro mejor; además, más que el virus y el contagio preocupa el hambre, el paro, la violencia de las maras, la corrupción, el dengue…

De esta caravana, de momento desarticulada, aunque cabe preguntarse si los que hay en Toncontín son 90, y en Choluteca habían cerca de 500, ¿dónde queda el resto? Desde Choluteca afirman que allí ahora no quedan más de unos 100, pero, aunque las fronteras están cerradas, raro es el día en que no llega alguien nuevo desde el otro lado, procedente de Haití, Cuba o de algún país africano. Con lo que el problema permanece, pues van a seguir llegando. En estos tiempos las fronteras de Centroamérica están cerradas, y exceptuando Nicaragua, el transporte público está parado, para evitar contagios. Además, el llegar a los EE.UU. tampoco les asegura nada. Precisamente durante el pasado año se han ido firmando tratados migratorios bilaterales entre EE.UU. y El Salvador, Guatemala y Honduras, por lo que a cambio de garantizar inversiones estadounidenses en esta zona estas naciones se comprometen a acoger a los solicitantes de asilo que EE.UU. les envíe; es decir, un salvadoreño puede cruzar Guatemala, México, llegar a EE.UU., solicitar asilo, EE.UU. reconocerlo como tal y enviarlo a Honduras, como país seguro.

Estos acuerdos han ido entrando en vigor durante este año; el firmado en septiembre de 2019 con Honduras entró en abril, durante la pandemia. Una vez más, Centroamérica se somete a los intereses de los EE.UU., y se resigna a aplicar la política migratoria norteamericana, mientras que aquellos que huyen de situaciones como las de Haití o África y buscan alcanzar el sueño americano se ven obligados a años de viaje, y a ir desapareciendo poco a poco, durante el trayecto, antes de llegar a la meta soñada.

José Luis Bleda Fernández
Sacerdote de la Diócesis de Cartagena-Murcia
Misionero en Honduras

Los excluidos sean integrados, incorporados

Hablar de integrar, integración, integrarnos en tiempos de COVID-19, es todo un reto, o, mejor dicho, una oportunidad para trazar caminos, e intentar diseñarnos desde las propuestas y el deseo de Jesús: «Que todos seamos uno».

La acogida e integración de los excluidos que realizan los estados es confusa. A quienes estuvieron en los Centros de Internamiento de Extranjeros (CIE), Estaciones Migratorias (EM) o cárceles migratorias se les dejó a merced de la sociedad civil y de las iglesias. ¿Es esto una acogida? Además de contar con esta población en situación de periferia, hemos encontrado, día a día, a otro grupo de hermanos y hermanas en situación migratoria irregular, sumergidos en un limbo jurídico, que se vuelve un caldo de cultivo para muchas otras periferias. Mujeres, madres, hombres, padres, familias, jóvenes que desde hace algunos años esperan que llegue el tiempo para una regularización en España, México, los Estados Unidos o cualquier lugar del mundo; trabajan por horas, sin prestaciones sociales, sin cotización para pensiones, cuidando a nuestras familias (abuelos, abuelas, hijos, hijas); construyendo nuestras casas, recogiendo las legumbres o frutas que comemos, etc. Sumergidos en la precariedad, les ha encontrado esta crisis sanitaria. Muchas de ellas viviendo al día, se van quedando sin techo porque ya no tienen para pagar la habitación de alquiler, o la cama que ocupan para descansar por la noche.

Así vamos viendo los rostros de estos hombres y mujeres en las filas para coger alimentos, pero los gestos solidarios no son suficientes para decir que les hemos integrado, incluido, ¿*acuerpado*?; para decir que, como Iglesia, hemos llegado a asumir lo que Jesús nos propone: la restitución de la dignidad. Testimonios de mujeres que hablan con nosotros en la misión desean tener un documento que les permita valerse por sí mismas, ser capaces de poder trabajar. Una vez una mujer me dijo: agradezco todo lo que hacen por mí; si a la comida que me dan pudieran agregarse mis documentos y mi permiso de trabajo, sería todavía más agradecida, porque quiero trabajar. Tarea pendiente, para seguirla pensando, construyendo, entretejiendo, desde nuestras respuestas pastorales, nuestros proyectos parroquiales y diocesanos; a los desconocidos, reconocerlos; a los extranjeros, llamarlos hermanos y hermanas, porque para una comunidad cristiana nadie es extranjero, como insiste el papa Francisco en el proyecto pastoral que nos ha propuesto desde el inicio de su pontificado. Incluida su vida espiritual, tan a menudo preocupante para muchas tareas pastorales particulares, parroquiales o diocesanas. ¿Cómo hablar de Dios en ambientes ateos, gnósticos o de otros credos religiosos? Retos que nos deja el mundo de las personas en movilidad humana.

Nuestro itinerario, para mostrar a Dios, para expresar (sin lenguaje) la intimidad con el Dios de Jesús, tal vez no requiera que los otros crean o tengan una intimidad previa; tal vez sea más una cuestión para nosotros y nosotras saber si nos atrevemos a caminar hacia la inclusión, la integración, la fraternidad y sororidad, algo que va más allá de evangelización y ritos tradicionales; lo demás vendrá por añadidura. Jesús nos muestra una de las tantas formas de inclusión. No haremos nada nuevo, solo repetir lo que el Maestro nos ha enseñado. A los de la orilla los coloca en el centro; le dice así al hombre tullido: «levántate ahí en medio» (*Mc* 3, 3). La restitución de la dignidad, de la libertad, de la autonomía, la da Jesús, al hombre y a la mujer, en el lugar donde se enseñaba sobre Dios, en la sinagoga. Jesús llama de la orilla al que estaba relegado, excluido.

Construyendo una praxis de integración. La comunidad y nuestras parroquias

Con un grupo de mujeres de diferentes países y continentes empezamos a promover el baile en nuestra diócesis de Sigüenza-Guadalajara. Denominamos a nuestro grupo *Dancing Day*, como un pretexto para conocernos, encontrarnos, crear redes comunitarias y de apoyo. Al principio pensando que era para las mujeres que iban llegando a nuestra ciudad o diócesis; después, nos fuimos dando cuenta de que algunas de las mujeres que participan, aunque ya llevaban 15 o 10 años viviendo aquí, tenían realmente un círculo comunitario muy reducido. Así que el baile se fue convirtiendo en un espacio donde los lazos de amistad y sororidad se fueron desarrollando entre mujeres latinas, europeas y marroquíes. Esta actividad pastoral fue acogida en la parroquia de San Pascual Bailón.

En este grupo, además de interactuar de esta manera tan lúdica, mantenemos un chat de información, comunicación, trasmisión y, como última experiencia en estos tiempos de COVID-19, de oración interconfesional. Las mujeres que formamos el grupo somos entre 20 y 30, y cada una pone sus dones al servicio del grupo. Por ejemplo, hay quien se ocupa de colocar ofertas de empleo, sobre todo para que las conozcan quien tiene permiso de trabajo; algunas otras se apoyan pasando trabajos a otras de las compañeras, con la intención de echarse una mano la una a la otra, y así empatizan en sus necesidades y son capaces de darse la mano. Otro gesto de sororidad que he visto en este grupo ha sido la acogida. En circunstancias muy difíciles, una familia que quedó en situación de calle fue recibida durante más de un mes por otra familia que vive muy ajustadamente; sin embargo, el apoyo, el respaldo, no se hizo esperar, y algunas otras compañeras juntaron alimentos y los hicieron llegar a la familia acogedora. Este grupo ha sido una familia.

Nos *acuerpamos*, nos ocupamos la una de la otra y nos extrañamos cuando dejamos de hacernos presentes. Ahora, en tiempos de confinamiento, la pregunta es: ¿están todas bien?. Y ante los tantos trámites que tienen que hacer en los servicios sociales, del Ministerio del Interior, etc., quien sabe llenar formularios o tiene más agilidad para el uso de la tecnología se dispone a orientar a las demás. Así se ponen los saberes de cada una al servicio de las demás.

La presencia de estas mujeres ha sido también una bendición para la parroquia, quien se ha involucrado muy activamente en la acogida, integración e incorporación de las actividades que se programan. El año pasado, junto con la parroquia y el arciprestazgo de Guadalajara, convocamos una oración interreligiosa en una de las plazas más importantes de la ciudad, pidiendo por la paz para Venezuela y por el cese a la violencia.

La respuesta fue muy bien acogida; nos involucramos parroquianos, iglesias cristianas, personas transeúntes. La sensibilización y los testimonios compartidos eran sentidos por las casi cuatrocientas personas participantes.

Nuevamente con este grupo y parroquianas de San Pascual Bailón, en la semana de las migraciones organizamos una *performance*, puesta en escena nuevamente en la calle, con la que intentábamos visibilizar las situaciones precarias y las trabas burocráticas a las que se enfrentan las personas migrantes y refugiadas, así como sensibilizar el papel de las mujeres que trabajan en el servicio doméstico, sus condiciones y también sus aportes de cuidado y cura de nuestras familias, concluyendo con nuestros cuerpos tendidos en el suelo sobre unas telas que diseñaban una cruz. Como símbolo de que desde nuestra fe o espiritualidad es posible pasar todas las dificultades y seguirnos reinventando.

Además de estas actividades particulares del mundo de las migraciones, somos parte activa de las diferentes actividades de la parroquia, la fiesta del patrono, la fiesta navideña o de fin de año, las celebraciones de Semana Santa, etc. Es posible incluir, integrar e incorporar cuando nos abrimos a explorar y poner en práctica otras formas de ser Iglesia.

La incorporación en la vida social

Hemos asumido que necesitamos incidir para que seamos incluidas en la vida cotidiana de la sociedad. Hemos formado un grupo, al que le llamamos Incidencia. A través de él, algunos de los participantes de nuestra Delegación Diocesana de Migraciones han empezado a visibilizar y sensibilizar la situación precaria en que se encuentran, sobre todo quienes no entran en ningún proceso migratorio y esperan los tres años para que puedan obtener un arraigo social. Guadalajara es multicultural, y por ello necesitamos estar incluidos. Si no, seguimos quedando fuera y Guadalajara está incompleta. Por el momento vamos dando pasos pequeños, que esperamos que sean semillas que germinen, como el grano de mostaza. Porque nosotros y nosotras también queremos ser uno y una, como lo propone el buen Jesús.

Leticia Gutiérrez Valderrama, CS
Delegada de Migraciones de la Diócesis de Sigüenza-Guadalajara

DESTINATARIOS

7-12 años

OBJETIVOS

- Que los niños conozcan los diversos motivos por los que algunas personas se ven obligadas a huir, en la línea que propone el papa Francisco en su *Mensaje* para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 2020: «Conocer para comprender».
- Que, desde su fe, puedan comprometerse en la acogida a personas llegadas de otros países, a ser posible en algún ámbito cercano de la parroquia o de la diócesis: «Hacerse prójimo para servir»..

CONTENIDO

Esta catequesis está elaborada a partir del *Mensaje* del papa Francisco para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 2020: «Como Jesucristo, obligados a huir». En él se proponen seis parejas de verbos que se pueden trabajar, todas ellas o algunas más sencillas, poniéndolas en el contexto más cercano de los refugiados que llegan a España.

Se tiene en cuenta la reciente situación provocada por la pandemia de la COVID-19, que ha agravado el desplazamiento de miles de personas que van en busca de una vida mejor.

Sería una catequesis adecuada en torno a alguna de las fechas más señaladas sobre migración y refugio: 27 de septiembre (Jornada eclesial de las migraciones), 18 de diciembre (Día Internacional del Migrante) o 20 de junio (Día Mundial del Refugiado). Pero como no son fechas muy propicias para el curso catequético habitual, puede utilizarse también este material en cualquier otro momento del año.

DESARROLLO

1. Conocemos y dialogamos

El catequista puede comenzar explicando que es una catequesis "especial", pero no "rara", porque de lo que se va a hablar es algo que sucede a mucha gente en el mundo, a unos 80 millones de personas, la mitad de ellos niños… Y, como cristianos, tenemos algo que conocer, algo que pensar, algo que rezar, algo que hacer.

- Se puede situar en el contexto de la pandemia de la COVID-19: durante unas cuantas semanas nos han obligado a «cerrarnos en casa» para cuidar nuestra salud, nuestra vida y la de los demás. Y lo hemos pasado un poco mal… Pues imaginaos lo contrario: hay gente que se ve obligada a salir corriendo de su casa y huir para salvar su vida.
- Como punto de partida, el catequista puede haber buscado previamente en los ámbitos más cercanos alguna persona solicitante de asilo, o refugiada o migrante, que en un primer momento de la catequesis cuente algo de su historia al grupo de niños.
- En su defecto, se puede proyectar el breve video «Conocer para comprender»: https://youtu.be/hdg0lVo7xPY (3'15).

O se pueden buscar y leer algunos testimonios de personas «obligadas a huir», como por ejemplo:
https://blog.oxfamintermon.org/4_testimonios_de_refugiados_y_refugiadas/#4_testimonios_de_refugiados_y_refugiadas_Su_causa_tambien_es_la_tuya

A continuación se puede establecer un diálogo:

- ¿Conocemos que existen estas situaciones? ¿Conocemos alguna persona más cercana, alguna familia, algún compañero, que haya vivido estas situaciones?
- Ponte en la piel de estas personas: tú, ¿cómo te sentirías? Y si llegaras a otro país, ¿qué pedirías y qué esperarías?

2. Profundizamos desde el Evangelio

El catequista puede presentar estas dos láminas:

¿En qué se parecen y en qué se diferencian?

¡Es que esto le pasó a Jesús! A continuación leemos el texto del evangelio según san Mateo (2, 13-15) que ha inspirado el título del *Mensaje* del papa Francisco:

> *«El ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:*
>
> *- Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.*
>
> *José se levantó, tomó al niño y a su madre, de noche, se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes».*

Se puede después trabajar con las seis parejas de verbos que aparecen en el *Mensaje* del papa. Pueden estar puestas decorando la sala de catequesis. O podemos hacer, en ese momento, con cartulinas, un «cada oveja con su pareja».

Conocer para… comprender
Hacerse prójimo para… servir
Escuchar para… reconciliarse
Crecer para… compartir
Involucrarse para… promover
Colaborar para… construir

Si los niños son pequeños, o tenemos poco tiempo, podemos escoger solo algunas parejas: al menos la primera y la segunda.

Profundizamos en este momento en la primera pareja de verbos: «conocer para comprender».

Nos dice el papa:

«Es necesario conocer para comprender. El conocimiento es un paso necesario hacia la comprensión del otro. Lo enseña Jesús mismo en el episodio de los discípulos de Emaús: "Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo" (Lc 24, 15-16). Cuando hablamos de migrantes y desplazados, nos limitamos con demasiada frecuencia a números. ¡Pero no son números, sino personas! Si las encontramos, podemos conocerlas. Y si conocemos sus historias, lograremos comprender. Podremos comprender, por ejemplo, que la precariedad que hemos experimentado con sufrimiento, a causa de la pandemia, en un elemento constante en la vida de los desplazados».

Vamos comentando entre todos: ¿qué nos parece, por qué es importante conocer? ¿A qué nos invita Jesús, qué nos dice hoy?

3. Rezamos y nos comprometemos

El catequista prepara este momento final ambientando el lugar (la misma sala o la capilla) donde va a concluir la sesión. En el centro puede haber una vela encendida, la Biblia, y junto a ellas las dos fotografías antes trabajadas de la huida a Egipto y del lema de la Jornada de Migraciones.

Tras un momento de silencio, alguien del grupo proclama el texto de *Lc* 10, 33-34:

«Un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba el herido y, al verlo, se compadeció y, acercándose, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino; y montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó».

Otro del grupo lee este texto del *Mensaje* del papa Francisco:

«Hay que hacerse prójimo para servir. Parece algo obvio, pero a menudo no lo es… Los miedos y los prejuicios -tantos prejuicios- nos hacen mantener las distancias con otras personas y a menudo nos impiden 'acercarnos como prójimos' y servirles con amor. Acercarse al prójimo significa, a menudo, estar dispuestos a correr riesgos, como nos han enseñado tantos médicos y personal sanitario en los últimos meses. El ejemplo más grande nos lo dejó Jesús cuando lavó los pies de sus discípulos: se quitó el manto, se arrodilló y se ensució las manos».

El catequista invita en un momento de silencio que cada uno piense cómo y a quién puede acercarse, hacerse prójimo… O incluso se puede proponer algún pequeño compromiso como grupo.

Se puede terminar rezando con estas palabras:

«Dios de misericordia y Padre de todos, haz que no caigamos en la indiferencia, abre nuestros ojos y nuestro corazón al sufrimiento de nuestros hermanos que se ven obligados a dejar su familia, su tierra, su país. Ilumínanos para que reconozcamos en los que vienen de lejos al mismo Dios en camino.»

Y sería bueno concluir con un canto, conocido por los niños, que hable de amor, de acogida, de hermanos, de descubrir a Cristo en el prójimo.

Hilda Vizarro Taipe
Delegada de Migraciones de la Archidiócesis de Burgos

INTRODUCCIÓN

El 27 de septiembre de 2020 celebramos la CVI Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado con el lema «Como Jesucristo, obligados a huir».

Muchos países del mundo están siendo golpeados por las guerras, el hambre, la violencia… Y por estos motivos y muchas otras razones millones de personas se ven obligadas a salir de su tierra. La pandemia de la COVID-19 ha agravado el desplazamiento de estas personas que van en busca de una vida mejor.

OBJETIVOS

- Conocer los diversos motivos y causas de la salida de algunas personas, especialmente de aquellas que conocemos y que han llegado en los últimos años a nuestra tierra (el papa Francisco propone: «Conocer para comprender»).
- Comprometerse, desde la fe, en la acogida a personas llegadas de otros países, y participar o suscitar alguna acción que organice la parroquia en torno a la llegada de refugiados y migrantes..

CONTENIDO

Esta catequesis está elaborada a partir del Mensaje del papa Francisco para la Jornada del Migrante y del Refugiado 2020: «Como Jesucristo, obligados a huir». En él se proponen seis parejas de verbos, que se pueden trabajar poniéndolas en el contexto más cercano de los refugiados que llegan a España y teniendo en cuenta la reciente pandemia.

Es un material adecuado para trabajar en torno a alguna de las fechas más señaladas sobre migración y refugio: 27 de septiembre (Jornada eclesial de las migraciones), 18 de diciembre (Día Internacional del Migrante) o 20 de junio (Día Mundial del Refugiado), pero puede utilizarse también en cualquier otro momento del año.

DESARROLLO

1. Conocemos y dialogamos

El animador puede comenzar recordando que, antes de la pandemia, había numerosas noticias sobre distintos conflictos en el mundo, sobre Venezuela, sobre Siria, sobre las pateras que llegan a Europa, sobre las verjas de Ceuta y Melilla… Llegó el virus y terminó durante meses con estas noticias. ¿Ya no hay refugiados? ¿Se han arreglado de repente todos estos conflictos y problemas?

A continuación, puede aportar algunos datos sobre refugiados en el mundo (los más recientes se han hecho públicos con motivo del 20 de junio de 2020, Día Mundial del Refugiado).

https://acnur.org/5eeaf5664#_ga=2.100772481.1683266580.1592767483-1914289951.1592767483

Y también datos de refugiados más cerca de nosotros:

> «En 2019 España vivió un récord de nuevas peticiones de asilo: 118.264. El 80% procedentes de América Latina: Venezuela (40.906), Colombia (29.369), Honduras (6.972), Nicaragua (5.931), El Salvador (4.784)... Ese mismo año España resolvió 60.198 casos: en un 66% concedió protección temporal por razones humanitarias (sobre todo a venezolanos), en un 5% concedió el estatuto de refugiado o la protección subsidiaria, y en un 29% de casos denegó la protección» (datos sacados de https://www.cear.es/informe-anual-2019/).

El papa Francisco dice en su *Mensaje* para la Jornada del Migrante y del Refugiado 2020: «Cuando hablamos de migrantes y desplazados, nos limitamos con demasiada frecuencia a números. ¡Pero no son números, sino personas!».

Por eso, como punto de partida para esta sesión, el animador puede haber buscado previamente en los ámbitos más cercanos alguna persona solicitante de asilo o refugiada o migrante, que cuente algo de su historia al grupo.

En su defecto, se puede proyectar algunos de los videos breves que la sección «Migrantes y refugiados» del Vaticano ha elaborado para esta Campaña (https://migrants-refugees.va/es/jornada-mundial-del-migrante-y-del-refugiado/). Por ejemplo:

«Conocer para comprender»: https://youtu.be/hdg0lVo7xPY (3'15).

«Acercarse para servir»: https://youtu.be/8IQLaOGSEdg (3'09).

A continuación se puede establecer un diálogo en el grupo:

- ¿Conocíamos que existen estas situaciones? ¿Conocemos alguna persona más cercana, alguna familia, que ha vivido estas situaciones?

- ¿Qué se dice en nuestro entorno (familiar, de trabajo, de amigos, de Iglesia) sobre las personas refugiadas?

- Ponte en la piel de estas personas: tú, ¿cómo te sentirías? Y si llegaras a otro país, ¿qué pedirías y qué esperarías?

2. Profundizamos desde el Evangelio

El animador puede presentar el cartel de la Jornada del Migrante y del Refugiado 2020 (aparece en la portada de la revista). Se dejan unos momentos para contemplarlo. Se puede leer a continuación el comentario que aparece en la página que habla sobre el cartel.

Después, se pueden repartir entre los miembros del grupo (individualmente o por parejas o pequeños grupos) los seis párrafos del *Mensaje* del papa Francisco que hacen relación a las seis parejas de verbos. Se da un tiempo para leerlo personalmente, y luego cada miembro del grupo o cada pequeño grupo tiene que presentar su parte a los demás. Se puede hacer de palabra o con una cartulina donde aparezcan los verbos y un dibujo (que habría que explicar).

Es necesario conocer para comprender

«El conocimiento es un paso necesario hacia la comprensión del otro. Lo enseña Jesús mismo en el episodio de los discípulos de Emaús: "Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo" (*Lc* 24, 15-16). Cuando hablamos de migrantes y desplazados, nos limitamos con demasiada frecuencia a números. ¡Pero no son números, sino personas! Si las encontramos, podremos conocerlas. Y si conocemos sus historias, lograremos comprender. Podremos comprender, por ejemplo, que la precariedad que hemos experimentado con sufrimiento, a causa de la pandemia, es un elemento constante en la vida de los desplazados».

Hay que hacerse prójimo para servir

«Parece algo obvio, pero a menudo no lo es. «"Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó»" (*Lc* 10, 33-34). Los miedos y los prejuicios -tantos prejuicios-, nos hacen mantener las distancias con otras personas y a menudo nos impiden "acercarnos como prójimos" y servirles con amor. Acercarse al prójimo significa, a menudo, estar dispuestos a correr riesgos, como nos han enseñado tantos médicos y personal sanitario en los últimos meses. Este estar cerca para servir, va más allá del estricto sentido del deber. El ejemplo más grande nos lo dejó Jesús cuando lavó los pies de sus discípulos: se quitó el manto, se arrodilló y se ensució las manos».

Para reconciliarse se requiere escuchar

«Nos lo enseña Dios mismo, que quiso escuchar el gemido de la humanidad con oídos humanos, enviando a su Hijo al mundo: "Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo para que todo el que cree en él tenga vida eterna" (*Jn* 3, 16-17). El amor, el que reconcilia y salva, empieza por una escucha activa. En el mundo de hoy se multiplican los mensajes, pero se está perdiendo la capacidad de escuchar. Solo a través de una escucha humilde y atenta podremos llegar a reconciliarnos de verdad. Durante el 2020, el silencio se apoderó por semanas enteras de nuestras calles. Un silencio dramático e inquietante que, sin embargo, nos dio la oportunidad de escuchar el grito de los más vulnerables, de los desplazados y de nuestro planeta gravemente enfermo. Y, gracias a esta escucha, tenemos la oportunidad de reconciliarnos con el prójimo, con tantos descartados, con nosotros mismos y con Dios, que nunca se cansa de ofrecernos su misericordia».

Para crecer hay que compartir

«Para la primera comunidad cristiana, la acción de compartir era uno de sus pilares fundamentales: "El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común" (*Hch* 4, 32). Dios no quiso que los recursos de nuestro planeta beneficiaran únicamente a unos pocos. ¡No, el Señor no quiso esto! Tenemos que aprender a compartir para crecer juntos, sin dejar fuera a nadie. La pandemia nos ha recordado que todos estamos en el mismo barco. Darnos cuenta que tenemos las mismas preocupaciones y temores comunes, nos ha demostrado, una vez más, que nadie se salva solo. Para crecer realmente, debemos crecer juntos, compartiendo lo que tenemos, como ese muchacho que le ofreció a Jesús cinco panes de cebada y dos peces… ¡Y fueron suficientes para cinco mil personas!».

Se necesita involucrar para promover

«Así hizo Jesús con la mujer samaritana (cf. *Jn* 4, 1-30). El Señor se acercó, la escuchó, habló a su corazón, para después guiarla hacia la verdad y transformarla en anunciadora de la buena nueva: "Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será este el Mesías?". A veces, el impulso de servir a los demás nos impide ver sus riquezas. Si queremos realmente promover a las personas a quienes ofrecemos asistencia, tenemos que involucrarlas y hacerlas protagonistas de su propio rescate. La pandemia nos ha recordado cuán esencial es la corresponsabilidad y que solo con la colaboración de todos -incluso de las categorías a menudo subestimadas- es posible encarar la crisis. Debemos "motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad" (Meditación en la plaza de San Pedro, 27 de marzo de 2020)».

Es indispensable colaborar para construir

«Esto es lo que el apóstol san Pablo recomienda a la comunidad de Corinto: "Os ruego, hermanos, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que digáis todos lo mismo y que no haya divisiones entre vosotros. Estad bien unidos con un mismo pensar y un mismo sentir» (1 *Cor* 1, 10). La construcción del reino de Dios es un compromiso común de todos los cristianos y por eso se requiere que aprendamos a colaborar, sin dejarnos tentar por los celos, las discordias y las divisiones. Y en el actual contexto es necesario reiterar que: "Este no es el tiempo del egoísmo, porque el desafío que enfrentamos nos une a todos y no hace acepción de personas" (*Mensaje Urbi et Orbi*, 12 de abril de 2020). Para preservar la casa común y hacer todo lo posible para que se parezca, cada vez más, al plan original de Dios, debemos comprometernos a garantizar la cooperación internacional, la solidaridad global y el compromiso local, sin dejar fuera a nadie».

3. Rezamos y nos compromtemos

El animador prepara este momento final ambientando el lugar (la misma sala o la capilla) donde va a concluir la sesión. En el centro puede haber una vela encendida, la Biblia, y junto a ellas el cartel de la Jornada del Migrante y del Refugiado.

Tras un momento de silencio, alguien del grupo proclama el texto de *Mt* 2, 13-15:

«El ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

"Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo".

José se levantó, tomó al niño y a su madre, de noche, se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes».

Otro del grupo lee este texto del *Mensaje* del papa Francisco:

«En la huida a Egipto, el niño Jesús experimentó, junto con sus padres, la trágica condición de desplazado y refugiado, «marcada por el miedo, la incertidumbre, las incomodidades. Lamentablemente, en nuestros días, millones de familias pueden reconocerse en esta triste realidad. Casi cada día la televisión y los periódicos dan noticias de refugiados que huyen del hambre, de la guerra, de otros peligros graves, en busca de seguridad y de una vida digna para sí mismos y para sus familias». Jesús está presente en cada uno de ellos, obligado -como en tiempos de Herodes- a huir para salvarse. Estamos llamados a reconocer en sus rostros el rostro de Cristo, hambriento, sediento, desnudo, enfermo, forastero y encarcelado, que nos interpela. Si lo reconocemos, seremos nosotros quienes le agradeceremos el haberlo conocido, amado y servido».

El animador invita en un momento de silencio que cada uno piense cómo concretar lo que esta catequesis ha "removido" en su corazón. O incluso se puede proponer algún pequeño compromiso como grupo.

Se puede invitar también a hacer en voz alta alguna reflexión o unas peticiones, y terminar rezando con estas palabras con las que concluye el *Mensaje* del papa Francisco:

Padre, Tú encomendaste a san José lo más valioso que tenías: el Niño Jesús y su madre, para protegerlos de los peligros y de las amenazas de los malvados.

Concédenos, también a nosotros, experimentar su protección y su ayuda. Él, que padeció el sufrimiento de quien huye a causa del odio de los poderosos, haz que pueda consolar y proteger a todos los hermanos y hermanas que, empujados por las guerras, la pobreza y las necesidades, abandonan su hogar y su tierra, para ponerse en camino, como refugiados, hacia lugares más seguros.

Ayúdalos, por su intercesión, a tener la fuerza para seguir adelante, el consuelo en la tristeza, el valor en la prueba.

Da a quienes los acogen un poco de la ternura de este padre justo y sabio, que amó a Jesús como un verdadero hijo y sostuvo a María a lo largo del camino.

Él, que se ganaba el pan con el trabajo de sus manos, pueda proveer de lo necesario a quienes la vida les ha quitado todo, y darles la dignidad de un trabajo y la serenidad de un hogar.

Te lo pedimos por Jesucristo, tu Hijo, que san José salvó al huir a Egipto, y por intercesión de la Virgen María, a quien amó como esposo fiel según tu voluntad. Amén.

José Luis Lastra Palacios
Vicario de Pastoral de la Archidiócesis de Burgos

Como Jesucristo, obligados a huir

AMBIENTACIÓN

- Fotos que ambientan el lugar. Se pueden utilizar las que aparecen aquí: https://migrants-refugees.va/es/recursos/fotos/. Cada foto puede ir acompañada de una vela.
- En un lugar adecuado, se pueden disponer las *Orientaciones Pastorales para Desplazados Internos* (OPDI) impresas (o al menos la portada), juntamente con el cartel de la Jornada.
- Una manera de preparar la celebración puede ser implicar a las personas que vayan a participar, o que acojan la vigilia en su parroquia o comunidad, en la elaboración de un mural con el título: «Nadie debe ser olvidado ni olvidada».
- Cada una de las fotografías, con sus velas respectivas, así como las OPDI y el mural pueden ser llevados hasta el lugar de la celebración por personas que participen en la vigilia, mientras todos cantan el canto de bienvenida.

BIENVENIDA

Saludo de bienvenida del que preside la oración.

Canto de bienvenida: Océanos (Hillsong United).

Lector: Vamos a escuchar ahora una canción que nos habla del mar y está basada en el pasaje de Jesús caminando sobre las aguas. No nos olvidamos de las personas fallecidas en el mar en su camino de migración.

Letra y video (karaoke): https://www.letras.com/hillsong-united/oceanos-donde-mis-pies-pueden-fallar/

Acordes: https://www.tusacordes.com/tab/hillsong_united-oceanos_donde_mis_pies_pueden_fallar-acordes-48780

La canción se puede ensayar previamente con los asistentes y se puede proyectar para ser cantada en modo karaoke. También puede ser sustituida por otra que la comunidad conozca mejor.

Proyección del video del papa Francisco presentando la campaña: https://youtu.be/hdg0lVo7xPY

LOS DESPLAZADOS INTERNOS

Varios lectores, con una música de fondo, pueden ir leyendo cada párrafo, con una pausa entre ellos.

Más de 41,3 millones de desplazados internos en todo el mundo

Lector: Los Desplazados Internos son las personas en movimiento, vulnerables y olvidadas, de nuestra época. Se han visto forzados a huir, a abandonar sus hogares o lugares de residencia habitual, sobre todo como resultado de o para evitar los efectos de conflictos armados, situaciones de violencia generalizada, violaciones de derechos humanos o desastres naturales o provocados por el hombre, pero que no han cruzado la frontera de un Estado reconocido a nivel internacional.

Lector: En 2018, se registraron 28 millones de nuevos desplazamientos:

- 10,8 millones de personas desplazadas por conflictos (39%):
- 4,9 millones de personas desplazadas como consecuencia de conflictos armados.
- 4,2 millones de personas desplazadas como consecuencia del uso de la fuerza entre comunidades (discriminación étnica, religiosa, etc.).
- 995.000 personas desplazadas como consecuencia de la violencia por razones políticas.
- 225.000 personas desplazadas por la violencia criminal (asesinatos, amenazas, extorsión).
- 438.000 personas desplazadas por otras causas.

Lector: 17,2 millones de personas desplazadas por desastres naturales (61%):

- 9,3 millones de personas desplazadas por tormentas.
- 7,9 millones de personas desplazadas por huracanes y tifones.
- 5,4 millones de personas desplazadas por inundaciones.
- 1,1 millones de personas desplazadas como consecuencia de eventos geofísicos como terremotos, tsunamis y erupciones volcánicas.

Canción: Pasa (Pedro Guerra)

Lector: Vamos a escuchar ahora una canción de Pedro Guerra que nos invita a la acogida. Acoger a todas esas personas que se ven obligadas a huir. Acoger al que necesita un nuevo hogar. Acoger con una palabra, un beso, un abrazo, un «bienvenidos». Acoger con la escucha, con «estar cerca». Seguro que conocemos a alguna persona desplazada o a algún refugiado o a alguna persona que se ha visto «obligada a huir» de su lugar de origen. Trae a esta persona a tu corazón mientras escuchas esta canción. Y si tú eres una de esas personas, piensa en aquellos que te han acogido y abierto las puertas de sus vidas.

Entre estrofa y estrofa de la canción se lee el fragmento del Mensaje del papa Francisco para la Jornada que viene a continuación. También se puede imprimir la letra de la canción y repartirla entre los asistentes.

Video y letra de la canción: https://www.youtube.com/watch?v=mNzl-AKIRGo

Lector: del *Mensaje* del papa Francisco para la Jornada:

Por ello, decidí dedicar este Mensaje al drama de los desplazados internos, un drama a menudo invisible, que la crisis mundial causada por la pandemia de la COVID-19 ha agravado. De hecho, esta crisis, debido a su intensidad, gravedad y extensión geográfica, ha empañado muchas otras emergencias humanitarias que afligen a millones de personas, relegando iniciativas y ayudas internacionales, esenciales y urgentes para salvar vidas, a un segundo plano en las agendas políticas nacionales. Pero este no es tiempo del olvido. Que la crisis que estamos afrontando no nos haga dejar de lado a tantas otras situaciones de emergencia que llevan consigo el sufrimiento de muchas personas.

A la luz de los trágicos acontecimientos que han caracterizado el año 2020, extiendo este Mensaje, dedicado a los desplazados internos, a todos los que han experimentado y siguen aún hoy viviendo situaciones de precariedad, de abandono, de marginación y de rechazo a causa de la COVID-19.

TEXTOS BÍBLICOS

- Huida a Egipto (Mt 2, 13-23). Un lector sale y lee este texto.
- Juicio final (Mt 25, 31-46). Un lector sale y lee este texto.

Lector: del *Mensaje* del papa Francisco para la Jornada:

En la huida a Egipto, el niño Jesús experimentó, junto con sus padres, la trágica condición de desplazado y refugiado, «marcada por el miedo, la incertidumbre, las incomodidades (cf. Mt *2, 13-15.19-23). Lamentablemente, en nuestros días, millones de familias pueden reconocerse en esta triste realidad. Casi cada día la televisión y los periódicos dan noticias de refugiados que huyen del hambre, de la guerra, de otros peligros graves, en busca de seguridad y de una vida digna para sí mismos y para sus familias. Jesús está presente en cada uno de ellos, obligado -como en tiempos de Herodes- a huir para salvarse. Estamos llamados a reconocer en sus rostros el rostro de Cristo, hambriento, sediento, desnudo, enfermo, forastero y encarcelado, que nos interpela (cf.* Mt *25, 31-46). Si lo reconocemos, seremos nosotros quienes le agradeceremos el haberlo conocido, amado y servido.*

Canción para la reflexión (escuchamos en silencio): Me viniste a rescatar (Hillsong)

Lector: Vamos a escuchar ahora una canción que se llama "Me viniste a rescatar". Pensamos en como Jesús "nos ha venido a

rescatar" a cada uno de nosotros de nuestras "huídas". "Clamé, me oíste, me viniste a rescatar, contigo quiero estar". Es el clamor de muchas personas que se ven obligadas a huir. Quizá cada uno de nosotros podamos ser para ellas ese Jesús que acoge y acompaña.

Video y letra de la canción:
https://www.youtube.com/watch?v=WJnVeOuSMyI

GESTO SIMBÓLICO

Lector: del *Mensaje* del papa Francisco para la Jornada:

Se trata de un reto pastoral al que estamos llamados a responder con los cuatro verbos que señalé en el Mensaje para esta misma Jornada en 2018: acoger, proteger, promover e integrar. A estos cuatro, quisiera añadir ahora otras seis parejas de verbos, que se corresponden a acciones muy concretas, vinculadas entre sí en una relación de causa-efecto:

*Conocer para comprender (*Lc *24, 15-16)*

*Hacerse prójimo para servir (*Lc *10, 33-34;* Jn *13, 1-15)*

*Escuchar para reconciliarse (*Jn *3, 16-17)*

*Compartir para crecer (*Hch *4, 32;* Jn *6, 1-15)*

*Involucrar para promover (*Jn *4, 1-30)*

*Colaborar para construir (*1 Cor *1, 10)*

Dinámica: se escriben los textos bíblicos, juntamente con las parejas de verbos, en pequeños papeles, que se repartirán al azar a los asistentes. Si el texto es muy largo, se puede poner el fragmento más importante. Se invita a la gente a recibir cada texto como una llamada personal, para ser meditada y reflexionada. Una vez que cada persona tenga su texto, se vuelve a poner la canción Me viniste a rescatar (Hillsong) con el volumen bajo, para que permita la reflexión. Al terminar la canción, se puede dejar un tiempo para que las personas que quieran compartan lo rezado.

ORACIÓN FINAL COMPARTIDA

Se puede repartir esta oración a todos los asistentes, o proyectarla (si se dispone de los medios necesarios) para que sea rezada por todos y todas.

Oración del papa Francisco en su *Mensaje* para la JMMR 2020:

Padre, Tú encomendaste a san José lo más valioso que tenías: el Niño Jesús y su madre,
para protegerlos de los peligros y de las amenazas de los malvados.
Concédenos, también a nosotros, experimentar su protección y su ayuda.

Él, que padeció el sufrimiento de quien huye a causa del odio de los poderosos,
haz que pueda consolar y proteger a todos los hermanos y hermanas que,
empujados por las guerras, la pobreza y las necesidades, abandonan su hogar y su tierra,
para ponerse en camino, como refugiados, hacia lugares más seguros.

Ayúdalos, por su intercesión, a tener la fuerza para seguir adelante,
el consuelo en la tristeza,
el valor en la prueba.

Da a quienes los acogen
un poco de la ternura de este padre justo y sabio,
que amó a Jesús como un verdadero hijo
y sostuvo a María a lo largo del camino.

Él, que se ganaba el pan con el trabajo de sus manos,
pueda proveer de lo necesario
a quienes la vida les ha quitado todo,
y darles la dignidad de un trabajo y la serenidad de un hogar.

Te lo pedimos por Jesucristo, tu Hijo,
que san José salvó al huir a Egipto,
y por intercesión de la Virgen María,
a quien amó como esposo fiel según tu voluntad. Amén.

Canción final: Movimiento (Jorge Drexler)

Videoclip de la canción:
https://www.youtube.com/watch?v=IIGRyRf7nH4

«Yo no soy de aquí, pero tú tampoco,
de ningún lado del todo y de todos lados un poco».

Juan Pedro Díaz Zaragoza
Secretariado de Migraciones de Alicante

Orientaciones Pastorales sobre Desplazados Internos

En el *Mensaje* para la Jornada del Migrante y del Refugiado del año pasado el papa Francisco nos decía que el lema del cristiano es: «Primero los últimos». Este año, como guiado por ese lema, nos propone mirar a los desplazados internos, los últimos de los últimos, ya que son personas sin derechos por desplazarse sin haber cruzado ninguna frontera. Pocas veces la sociedad y los medios de comunicación se hacen eco de los desplazados internos (IDP).

Para leer este nuevo documento de la Santa Sede nos puede venir bien la imagen del triángulo de pontificado del papa Francisco que nos propone Luis Argüello, que no es un esquema teórico, sino una guía para nuestra acción evangelizadora.

Con este marco de fondo, podemos encontrar tres claves de lectura del documento.

1. En clave sinodal

Las orientaciones recuerdan mucho a los 20 Puntos de Acción de 2018 que propuso el papa y que supusieron un giro en el trabajo de la Santa Sede con las organizaciones internacionales y especialmente con la ONU ante los Pactos Mundiales sobre Migrantes y Refugiados. De hecho, la redacción de este documento ha supuesto un trabajo similar, según comentó el cardenal Czerny el día de la presentación del documento. Se trata de construir la Iglesia de abajo a arriba, como le gusta decir al cardenal. Es decir, una tarea de consulta previa con Iglesias católicas, asociaciones, congregaciones religiosas. En la misma clave sinodal se puede interpretar el protagonismo, incluso pastoral, que deben tener las comunidades desplazadas y las comunidades de acogida, que a menudo viven en una gran precariedad. También podemos incluir aquí el necesario diálogo con otras entidades no católicas y el imprescindible diálogo interreligioso.

2. La lucha contra las causas y el derecho a no emigrar

Si bien es cierto que el documento no aborda en profundidad las causas de los desplazamientos internos, la introducción en clara y contundente en señalarlas. Siguiendo el principio que siempre hay que subrayar, el derecho a no tener que migrar, se señalan las causas principales que nombramos en el siguiente cuadro:

Como ya ocurrió con los 20 Puntos de Acción, la propuesta de Francisco sobrepasa a la propuesta de la ONU, porque se sitúan en la lógica de una «economía que mata».

3. Todo el pueblo cristiano

La tarea institucional que debe acometer la Iglesia para abordar los grandes temas que dañan la dignidad humana, y especialmente la de las personas migrantes y refugiadas, no exime, sino todo lo contrario, a todos y cada uno de los cristianos. El gran reto sigue siendo llegar y trabajar juntos, todo el «santo Pueblo de Dios». Esto ya no solo es tarea de los «agentes de pastoral», es cuestión de una Iglesia en salida que aborda unida la tarea de la evangelización. Es necesario recordar también que la prioridad de las personas migrantes es un subrayado, no una novedad, y en este sentido llama la atención la importancia de documentos escritos en pontificados anteriores, especialmente en el de san Juan Pablo II, a los que se hace referencia constante a lo largo de todo el documento.

Acoger, proteger, promover e integrar a los desplazados internos

El documento sigue la estructura de los cuatro verbos propuestos por el papa Francisco. Lo primero es reconocer la dignidad de las personas, y hace una propuesta muy concreta: los desplazados internos deben ser considerados como refugiados... Y pide la implicación de las autoridades nacionales e internacionales para conseguir el reconocimiento como tales, y en consecuencia los recursos dedicados a ello. Llama la atención de dos problemas específicos: «Los campamentos no se pueden convertir en soluciones permanentes»; y la posibilidad de reconstrucción de sus lugares de origen a fin de poder «volver a sus hogares con dignidad y empezar de nuevo una vida normal junto a toda la población», es decir, facilitar, siempre que sea posible, la *reintegración* de los IDP. Hay dos aspectos que sobresalen en todo el documento. El primero es el abordaje del mundo institucional en una tarea de incidencia que requiere hundir sus raíces en el cultivo de la caridad política, algo que el papa ha repetido varias veces a lo largo de su pontificado, recordando la primera expresión de Pío XI [1]. Y, en segundo lugar, la caridad política no implica olvidar, sino todo lo contrario, que «la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual» (EG, n. 200). En el documento le da tal importancia que afirma que «debería ser el objetivo final de todos los programas destinados a los IDP». Finalmente, y no menos importante, se nos hace una invitación a trabajar con otros, caminar juntos ante los graves desafíos y cambios en nuestro mundo: «¿Cómo vivir estos cambios de manera que no se conviertan en obstáculos para el auténtico desarrollo, sino que sean oportunidades para un auténtico crecimiento humano, social y espiritual, respetando y promoviendo los valores que hacen al hombre cada vez más hombre en la justa relación con Dios, con los otros y con la creación?»[2].

El documento se puede descargar en este enlace:
https://migrants-refugees.va/es/recursos/documentos/

Mónica Prieto Vidal
Subcomisión Episcopal de Migraciones y movilidad humana

[1] Teófilo González Vila, «La caridad política desde Pío XI al papa Francisco» http://www.analisisdigital.org/2014/07/05/la-caridad-politica-de-pio-xi-alpapa-franscisco-2/

[2] Francisco, *Mensaje* para la CII Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, Ciudad del Vaticano 2015.

Seguimos en camino

Seguimos en camino como tantos migrantes lo hacen por los mil senderos y mil mares del mundo desde una situación distinta. Contagiados de su capacidad de superación, a pesar de tanto sufrimiento. Y alegres también («¡Boza!» dicen los migrantes africanos al llegar a tierra) por la alegría de quienes consiguen llegar a buenos puertos. Lo hacemos empujados actualmente por la Sección vaticana de Migrantes, Refugiados y Victimas de Trata que promovió el papa Francisco tras su viaje a Lampedusa y Lesbos. Allí el papa Francisco lloró con los migrantes y refugiados, y creó esta sección al regresar de Lesbos, trayéndose consigo a algunas familias de refugiados sirios para que vivieran en el Vaticano, en un ejemplo paradigmático de hospitalidad que poder replicar en nuestras comunidades

En este año 2020, donde el papa nos invita a fijarnos en Jesucristo, obligado también a huir, resumimos la nueva estructura de la Subcomisión de Migraciones y movilidad humana. Y aprovechamos para que tanto la nueva directora del Secretariado como el anterior director os enviemos el saludo fraterno y el agradecimiento muy sincero por vuestro apoyo.

La nueva Comisión Episcopal para la Pastoral social y promoción humana (presidida por Mons. D. Atilano Rodríguez Martínez, obispo de Sigüenza-Guadalajara) se ha organizado en dos subcomisiones. Por un lado la Subcomisión Episcopal de Acción caritativa y social, presidida por Mons. Jesús Fernández González, obispo de Astorga. Y por otro lado la Subcomisión Episcopal de Migraciones y movilidad humana, presidida por Mons. D. Juan Carlos Elizalde, obispo de Vitoria.

La Subcomisión de Migraciones y movilidad humana se ocupa del estudio y de la aplicación de la pastoral integral para los grupos relacionados con la movilidad humana. Se trata de una población que carece en bastantes casos de domicilio estable o está en situación migratoria, así como para las personas que viven en condiciones análogas. Son aquellos grupos de personas que por su propia condición de vida no pueden gozar del servicio ordinario de los párrocos o comunidades y/o se ven privados o limitados en su asistencia. Pero que aportan muy mucho al conjunto de una sociedad si esta sabe recoger la diversidad que enriquece.

Este proceso iniciado en marzo supone un camino que desarrollar para lograr perfilar la estructura, las funciones y la adscripción de personas. Dentro de este nuevo organigrama, la Subcomisión de Migraciones y movilidad humana tiene un nuevo director del Secretariado (en este caso directora), nombrada por la Comisión Permanente en la persona de María Francisca Sánchez Vara, quien, tras varias funciones y servicios (Menores en riesgo, Víctimas de trata, Migraciones) desde el año 2014, estaba llevando últimamente la dirección del Departamento de Trata. Ella es quien releva al P. José Luis Pinilla Martín, SJ, quien tras doce años de su trabajo en la Conferencia Episcopal ha sido destinado por sus superiores jesuitas a un nuevo destino con nuevas misiones relacionadas con las migraciones, la pastoral y la espiritualidad ignaciana en la Compañía de Jesús.

Tanto Mari Fran como José Luis queremos agradecer a la Iglesia la posibilidad de trabajar en estas áreas que tanto nos muestran el rostro empobrecido de nuestro Señor Jesucristo. En un caso por habérselo encomendado, y en el otro por seguir haciéndolo. Ha sido y es una gracia para nosotros estar tan cerca de Él, al estar sirviéndoles. Quien quiera tocar a Cristo que «toque» a los pobres.

El agradecimiento se hace concreto y dirigido a todas las personas que forman parte del Secretariado: José Aumente, Belén Carreras, Ramón Caamaño, Mónica Prieto y Gemma Zaragoza, a quienes llevamos y llevaremos siempre en el corazón. Es lo mejor que podemos decir de ellos. Son ya parte nuestra. Y, por supuesto, a los obispos que hemos tenido y seguimos teniendo en este campo. A todos, seglares y religiosos, delegados, referentes, miembros de los consejos asesores, técnicos, colaboradores, miembros de asociaciones e instituciones, etc., tanto de España como de fuera de ella. Pero, sobre todo, nuestro

agradecimiento a las personas a quienes hemos servido y seguimos sirviendo, quienes, a pesar de nuestro fallos, nos han hecho, y siguen haciéndonos, mejores personas y mejores servidores de la misión de Cristo en la Iglesia, Pueblo de Dios en marcha, al servicio de la sociedad. ¡Va por todos vosotros!

Acompañados por la Virgen del Camino, y siempre unidos a Cristo migrante.

Mari Fran Sánchez Vara y José Luis Pinilla Martín, SJ

12 | CIUDADANOS

LA ILUSTRACIÓN

El obispo liderará el área de migración en la Iglesia española

Elizalde se compromete ante la Conferencia Episcopal a visibilizar «a los más vulnerables»

J. A. MARTÍNEZ VIGURI

Aviso/Abisua

Consulta los recursos que ha preparado la sección Migrantes y Refugiados del Vaticano

Sobre la Campaña de este año:
https://migrants-refugees.va/es/recursos/jornada-mundial-del-migrante-y-del-refugiado-2020/

Sobre desplazados internos:
https://migrants-refugees.va/es/idp/

Documento: *Acoger a Cristo en los refugiados y en los desplazados forzosos*:
http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/corunum/corunum_sp/pubblicazioni_sp/Rifugiati-2013-SPA.pdf (2013)

Papa Francisco: *Discurso* a los miembros del cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, 9 de enero de 2020:
http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2020/january/documents/papa-francesco_20200109_corpo-diplomatico.html

Mensaje para el Día Mundial del Refugiado, 20 de Junio de 2020. Monseñor Juan Carlos Elizalde, presidente de la Subcomisión de Migraciones y movilidad humana. Conferencia Episcopal Española:
https://www.revistaecclesia.com/elizalde-responsable-de-migraciones-de-la-cee-si-nosotros-estamos-amenazados-los-refugiados-ya-sufren-condena/

Sobre Desplazados Internos:

Observatorio de Desplazamiento Interno (IDMC), *Informe mundial sobre desplazamiento interno (GRID) 2019*, Ginebra, 2019:
https://www.internal-displacement.org/global-report/grid2019/spanish.html

Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, *Principios Rectores de los Desplazamientos Internos*, Nueva York 1998:
https://www.acnur.org/prot/prot_despl/5bff2c864/principios-rectores-de-los-desplazamientos-internos.html

Plan de Acción para avanzar en Prevención, Protección y Soluciones para los Desplazados Internos (2018-2020):
https://www.globalprotectioncluster.org/_assets/files/unhcr-gp20-plan_of_action-a5-esp-screen.pdf

Mons. D. Luis Argüello, secretario general de la Conferencia Episcopal Española, recibiendo la cruz de Lampedusa en Valladolid

Acogida de la Cruz de lampedusa en la catedral de Sevilla

Cruz de Lampedusa en la Catedral de Huelva

La Cruz de Lampedusa en Lucena

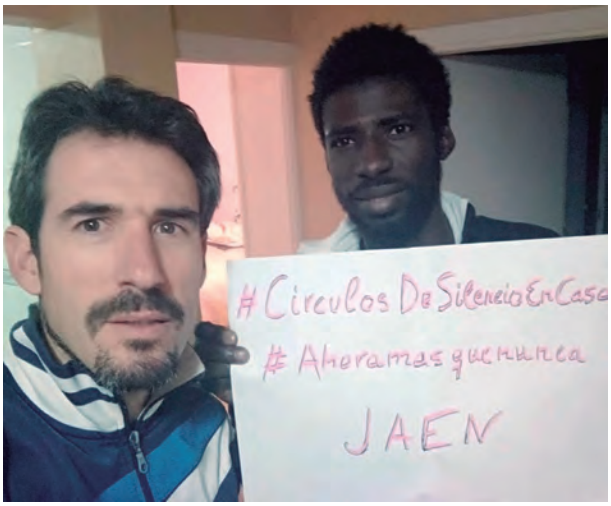
La Cruz de Lampedusa en Palma del Río

La Cruz Lampedusa en Barbate

La Cruz de Lampedusa en la parroquia de San José Obrero
(San Juan de Aznalfarache, Sevilla)

La Cruz de Lampedusa en San Juan de Aznalfarache

La Cruz de Lampedusa en Colegio de los Trinitarios de Córdoba

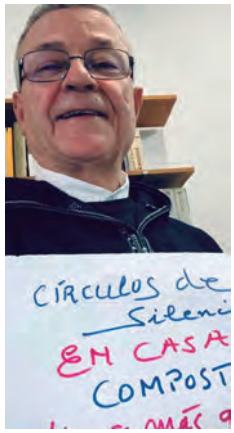


Circulo de silencio Jaén

Circulo de silencio Sevillla

Circulo de silencio Tenerife

Circulo de silencio Alicante



Circulo de silencio Compostela

Círculo de silencio Zaragoza

Circulo de silencio Málaga

Encuentros Subcomisión durante el estado de alarma

Encuentro Formación Niños y Niñas migrantes solos

Encuento misiones europeas

Red Migrantes con Derechos. Encuentros Frontera Sur

Jornada Interreligiosa Vitoria

Jornada Mundial 2019. Mérida-Badajoz

Jornada Mundial 2019. Canarias

Mesa de la Hospitalidad de Madrid

Recuerdo a D. Juan Antonio. Oviedo

Tánger. Celebración Jornada Mundial

D. Luis Quinteiro. Vigo. Señor de los milagros

Vigilia de Oración Santa Josefina Bakhita (8 de febrero)

«Como Jesucristo, obligados a huir»

Padre, Tú encomendaste a san José lo más valioso que tenías: el Niño Jesús y su madre, para protegerlos de los peligros y de las amenazas de los malvados. Concédenos, también a nosotros, experimentar su protección y su ayuda. Él, que padeció el sufrimiento de quien huye a causa del odio de los poderosos, haz que pueda consolar y proteger a todos los hermanos y hermanas que, empujados por las guerras, la pobreza y las necesidades, abandonan su hogar y su tierra, para ponerse en camino, como refugiados, hacia lugares más seguros. Ayúdalos, por su intercesión, a tener la fuerza para seguir adelante, el consuelo en la tristeza, el valor en la prueba. Da a quienes los acogen un poco de la ternura de este padre justo y sabio, que amó a Jesús como un verdadero hijo y sostuvo a María a lo largo del camino. Él, que se ganaba el pan con el trabajo de sus manos, pueda proveer de lo necesario a quienes la vida les ha quitado todo, y darles la dignidad de un trabajo y la serenidad de un hogar. Te lo pedimos por Jesucristo, tu Hijo, que san José salvó al huir a Egipto, y por intercesión de la Virgen María, a quien amó como esposo fiel según tu voluntad.
Amén.

Papa Francisco